

**Audiolibro Cuerpos Y Almas M Van
Der Meersch Libro Primero Primera
Parte Cap Tulos V Al IX**

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Lilly Dickerson (Tioga)** - - - - - CAPÍTULO Quinto. Aquella mañana, Ludovic Vallorge, a quien motejaban con el sobrenombre de «Luis XVI», se anudaba la corbata delante del espejo del armario de luna. Por una vez, el rostro de facciones regulares, un poco abotargado de Vallorge, estaba preocupado. Sobre la mesita de noche había desdoblado el telegrama que acababa de recibir. «Venga. Largo sincope esta mañana estoy preocupada», rezaba el telegrama que estaba firmado por Madame Suraisne. Desde que Suraisne había dado su banquete en la «Taverne du Roi René» habían transcurrido ya algunos días, y Vallorge no había vuelto a ver a su «patrón». ¿Qué había ocurrido. Vallorge acabó de vestirse sin el menor nerviosismo, con el esmero que ponía siempre en todas las cosas, encaminóse al garaje, sacó el coche, se regocijó de nuevo con los sorprendentes arranques en frío del motor, y por primera vez una sombra de pesimismo nubló su mente: la idea de que ese lujo se viera tal vez amenazado en el caso de que Suraisne... «Iré allí en seguida, al salir del laboratorio», se dijo Vallorge. Al decir allí se refería a los Pons-de-Cé, distante algunos kilómetros de la ciudad. Suraisne residía en un delicioso priorato, a orillas del Loira, entre rosales y altos y copudos álamos que rumoreaban al soplo de la brisa. El laboratorio estaba enclavado extramuros, en la carretera de Segré. Vallorge verificaba allí gratuitamente las experiencias que le solicitaba el servicio de higiene, lo que podía sumar a los innumerables títulos que coleccionaba el de jefe de laboratorio de los servicios de higiene, lo que añadiría un peso más en la balanza el día en que se aprestara a tomar por asalto una de las cátedras de la Facultad. Y sobre todo disponía, sin que le costara un céntimo, de un laboratorio magnífico, fastuosamente equipado, cuyas facturas de cristalería y de productos químicos eran pagadas sin la menor discusión. Vallorge, prudente, dejó el coche en el zaguán, lo confió a la vigilancia del conserje y entró en el laboratorio. Desde hacia dos meses le había sido asignado un ayudante, un ex gendarme jubilado que había conseguido el puesto gracias a influencias políticas. Vallorge lo encontró en la sala de las estufas leyendo un folletín y liando cigarrillos. —Salud, Emile —dijo cordialmente—. ¿Ha hecho usted su trabajito desde que no nos hemos visto? —Todo está a punto, señor —repuso Emile con acento de orgullo. Durante cuatro días había preparado un caldo de carne y diluido en agua un poco de peptona; pero se había olvidado de pesar la peptona. —Pues bien, empezará usted de nuevo —dijo Vallorge—. Éste será su trabajo de hoy. Voy a enseñárselo. Pacientemente, extendiéndose en detalles, Vallorge le explicó la operación. —Tome usted un frasco de peptona y pese treinta gramos. ¿Sabe usted pesar? Emile no sabía pesar. Vallorge le mostró la balanza, resguardada en una caja de vidrio, y le explicó el modo de servirse de ella y de utilizar las pesas. —Haga hervir la peptona diluida en un litro de agua en ese hornillo de gas. ¿Lo ha comprendido bien, verdad? Luego, lo filtrará usted con un papel colocado así, ¿se fija usted bien, Emile? Después verterá el contenido en esta probeta y la pondrá a calentar en el autoclave, sí, en el autoclave, que es ese armatoste que hay aquí, a una temperatura de ciento quince grados durante veinte minutos. El autoclave hay que mantenerlo bien cerrado. Y finalmente sacará usted la probeta y la pondrá en la nevera. Eso es todo. Y si mañana no viniera, hágame usted capilares con estos tubos de cristal. ¿Sabe usted hacer capilares? Emile no sabía hacer capilares. Vallorge encendió un mechero Bunsen, y estiró unos tubos de cristal para que Emile aprendiera. Media hora después salió del laboratorio, contento por haber sabido dominar una vez más sus nervios y utilizado aquella prodigiosa paciencia que constituía su mayor fuerza. Emile estaba allí como premio a su actuación política. Si le desposeyeran de aquella prebenda todo sería lamentaciones. Una sinecura de aquel género podía llevarle muy lejos. «Si lo hubiera hecho yo mismo hubiese terminado más pronto —pensaba Vallorge al subir

nuevamente al coche—. Pero en resumidas cuentas, ¿qué más da? Líos, no». Era éste su axioma esencial. Por la carretera franqueada de viñedos, el automóvil rodó hacia los Ponts-de-Cé. En el cuarto de Suraisne había un amplio balcón florido, desde donde se divisaba la perspectiva de una serie de terrazas bordeadas de balaustradas enguinalda de rosales trepadores. Las terrazas descendían escalonadamente hasta el río. Palmeras enanas surgían en medio del césped. Aquí y allá una secoya y un cedro esparcían el oscuro esplendor de su frondosidad majestuosa. A la derecha, la capilla del priorato, casi oculta detrás del verde viñedo, no era más que una suntuosa masa púrpura y oro. Y a pesar de lo avanzado de la estación, la ligera brisa que soplabá del Loira era de una dulce suavidad. Tendido a pierna suelta sobre la cama Luis XV, con un cobertor de seda en el que aparecían bordadas florecillas verdes y amarillas, Suraisne se había recobrado del repentino síncope de que había sido víctima, sin motivo aparente, al levantarse de la mesa. Aspiraba el pañuelo empapado de vinagre que su mujer le aplicaba de vez en cuando en la nariz, y repetía a cada momento: —¿Qué diablos me ha pasado? ¿Qué diablos ha podido ocurrirme? Suraisne era un hombre dinámico. Ese meridional sanguíneo, de tez morena, de voz cálida y persuasiva, antes ya de haberse presentado a las oposiciones, había trabajado con tanto acierto y prestado a sus superiores tan valiosos servicios en la inspección divisionaria de las tropas marroquíes, que ello le valió el nombramiento de director de conferencias en París. Sólo entonces se presentó a las oposiciones y prosiguió su ascenso a un rápido ritmo, sorteando con maestría a los envidiosos que trataban de «dislocarle», expresión que equivale en argot médico a ocupar el puesto de otro. De tal modo sobresalía Suraisne en esta «política de Facultad» que, a la larga, hasta sus propios protectores acabaron por juzgarle peligroso y, a su vez, lo «dislocaron». Pero era un muchacho de valer. Y para ponerle cortapisas, tuvieron que crear ex profeso para él una nueva cátedra en la Facultad de Angers. No tardó Suraisne en labrarse en toda la región una reputación hartó merecida. Aunque extendida en París, la moda de los laboratorios no se había divulgado todavía por provincias. Suraisne, muy versado en bacteriología, instaló de manera ultramoderna un consultorio, con un laboratorio anexo, donde practicó en gran escala análisis de esputos, heces, orina y otras excretas. Ganó con ello una pingüe fortuna y un buen renombre. Y se casó, además, con la hija de un acaudalado corredor de fincas de París que aportó dos millones de dote, además de un castillo a orillas del Loira y un hotelito en la capital. Vallorge trabajaba en el laboratorio de Suraisne. Pronto logró destacarse afanándose en prestar los mil pequeños servicios que espera el «patrón» de su discípulo: redactar los cursos y lecciones, ayudarle en las consultas ciudadanas y encargarse de las fastidiosas tareas materiales del laboratorio. Todo ello iba ligando poco a poco a Suraisne a su discípulo, que acabó por ser su confidente. Así, que Vallorge hizo rápidos progresos en su carrera. Llegó al priorato antes del mediodía. Subió directamente al cuarto, auscultó al jefe, le tomó el pulso y, sin decir palabra, llamó inmediatamente por teléfono al profesor Donat, a Angers. No se sabe qué le explicó a Donat. Pero, una hora después, el viejo «patrón» a pesar de su pericardio enfermo y su aortitis, subía de cuatro en cuatro los escalones del castillo. El diagnóstico fue tajante. El corte que Suraisne se había salpicado de pus al tomar de las manos de Seteuil el seno arrancado de la vieja cancerosa, se había infectado. Y la infección se había extendido solapadamente por todo el organismo. El corazón se debilitaba por momentos. Suraisne estaba cianótico. Era ya tarde. Donat telefoneó a Géraudin. El cirujano se había ido de caza. Donat llamó entonces a Heubel, quien prometió acudir, después de terminar dos intervenciones que le llevaron mucho tiempo. Llegó a casa de Suraisne al atardecer. Auscultó al enfermo, pasó a la pequeña habitación contigua y Heubel formuló a la señora Suraisne una sola y breve pregunta: —¿Es creyente? —Pues... no lo sé... —respondió la señora Suraisne aturdida—. Creo que sí. La señora Suraisne, acongojada y medio loca, corrió a buscar un sacerdote. Heubel mandó traer una vacuna antiestreptocócica. Era ya demasiado tarde. Así murió estúpidamente Suraisne, especialista del microbio, matado por el microbio por haberlo desdeñado demasiado a fuerza de conocerlo. Un pequeño corte con el bisturí algunos días antes y Suraisne se habría salvado. Sin duda lo hubiera hecho de no haber sido médico, profesor y sabio. Para el hombre que cuida a sus semejantes, esa familiaridad cotidiana con el peligro es un riesgo mayor de lo que uno cree. A la larga, suele olvidarse que uno mismo es vulnerable. No es raro en la profesión ese final absurdo. Suraisne dejó una crecida fortuna y una viuda que no le olvidó nunca más. Hizo un culto de la memoria de su marido y se consagró a prodigar el bien. Vallorge se sintió desalentado durante algunas semanas. Toda su carrera dependía de Suraisne. Sin haber asistido una sola vez a las clases, había pasado todos sus exámenes sin moverse del laboratorio de Suraisne, y con él contaba para su porvenir. Aquella muerte constituía para Vallorge una verdadera catástrofe. Para quien quiere seguir una carrera oficial en medicina y llegar a ser algo más que un mediquillo, el apoyo de un profesor reporta una serie de ventajas. En todos los concursos se clasifica a los candidatos según el «patrón» que los protege. Así se forman lo que podría denominarse «equipos». Había en Angers el equipo de Geoffroy, el de Doutreval, el de Donat y muchos otros. Cuando se designaba por sorteo a un profesor determinado para formar parte del jurado, todo el equipo del mentado profesor era automáticamente recibido en el profesorado, pues el concurso no era más que una mera formalidad. La

misma tarea vale al candidato 19 puntos o 5, según su «patrón» forme parte o no del jurado. Y entre «patronos» todo se arregla, intercambian ruibarbo y sen, y se patrocina el candidato de un colega para que éste apoye el de uno. Así, pues, una serie de mercadeos y regateos precede a los concursos de Agregación de Medicina hasta el punto de que, una vez sabida la composición del jurado, los resultados del concurso eran conocidos mucho antes de que éste tuviera lugar. De ahí la utilidad de contar con un «patrón» de vasta influencia, capaz, aunque no forme parte del jurado, de hacer actuar a sus amigos para favorecer a sus candidatos. El discípulo cuyo profesor no ha sido elegido por la suerte y carece además de relaciones, el alumno que ha tenido la desdicha de no ser agradable a un «patrón» o que ha cometido la torpeza de arrancarle demasiado pronto parte de su clientela, no se verá favorecido con una cátedra. Hay que saber esperar, resignarse a comenzar a ganarse la vida hacia los cuarenta años y no rebelarse si cada tres años le apean a uno prefiriendo a gente menos capaz, únicamente porque el «patrón» de uno no forma parte del jurado. Pero Vallorge había conocido la miseria y, por ende, el horror a la pobreza, la implacable voluntad de llegar, de ser rico y de formar parte de la selección de los poderosos. Vallorge no había sido siempre feliz. Este mozacón, de alta estatura, macizo, huesudo, con brazos y piernas de campesino y andar cansino, había vivido horas muy duras. Su padre, un modesto lechero, había muerto a consecuencia de una cox. De resultas, la madre se había puesto nuevamente al frente de una minúscula mercería. Y de los ingresos de la tiendecita había vivido, dado educación a su hijo, pagado sus estudios y a través de prodigios de economías, de privaciones y de noches en blanco, lo había convertido en un caballero. Murió seis semanas antes de que Vallorge explicara su tesis sin haber podido ver el triunfo de su hijo, por quien había dado su vida. Cada vez que Vallorge recordaba aquel viejo y querido rostro, aquel ser que le había llevado en sus entrañas, que lo había alimentado y que había muerto por él, se le oprimía el corazón. Y guardo de ello un acerbo rencor, la indomable voluntad de no vivir nunca más, ni hacer vivir a quienes amara, aquella existencia estrecha y oscura, aquella congoja y aquella penuria que acompaña a la pobreza. Se había sometido a las reglas del juego. Agregado a Suraisne, había efectuado rápidos progresos. Sin ser doctor fue nombrado ayudante de Suraisne. Supo mantenerse como el gran favorito del «patrón» sin dejarse apejar por ciertos camaradas cuya ambición hubiera amenazado con barrerle el camino y que sólo perseguían crear el vacío en torno a Suraisne. Y sólo Dios sabe cuántas carreras científicas se han truncado por ello en las Facultades. Sólo quedó con él Seteuil, y éste testimoniaba también un apetito inquietante. Pero era demasiado joven, y no podía ser para Vallorge, que ocupaba mejor posición que la suya, motivo alguno de preocupación. Vallorge supo hacer buenas migas con Seteuil. Y con miras a la cátedra iba progresando y acumulando títulos: médico de la Asistencia Pública, médico de las Escuelas y conferenciante de la Facultad de Farmacia. Tenía, además, asignados veinte mil francos al año. Se le encontraba en todas partes, asegurándose dos mil francos por un lado, cuatro mil por otro, diez mil por otro concepto, o utilizando gratuitamente un laboratorio, y, con frecuencia, no sólo no percibiendo nada, sino entregándose a tareas prácticas extenuantes para el día en que se creara una cátedra, para ocupar la cual se verían obligados de buen o mal grado a pensar en él. Con todo ello, Vallorge contaba ya en Angers con una clientela numerosa. A aquel hijo del terruño no se le podía negar una virtud: la de poseer un ánimo esforzado. Sus inúmeras ocupaciones le obligaban a realizar un trabajo agobiador. Emprendíalo como un leñador, lentamente, sosegadamente, con orden, sin prisas ni nerviosismo. Todas las tareas del laboratorio de Suraisne corrían a su cargo. Con sus enfermos se mostraba incansable, siempre dispuesto a visitarlos, atendiendo a timbrazos nocturnos, perdiendo sin refunfuñar una noche entera a la cabecera de una parturienta, o instalando en su automóvil y trasladándolo al hospital a un enfermo grave o a un obrero accidentado. Y ello siempre con ánimo alegre, contento, paciencioso, sintiendo una inexplicable e inconsciente ternura por el pueblo brutal, pintoresco y compasivo, del cual había salido y que seguía amando. Más aún que su acceso a la Facultad, irritaba a sus competidores los éxitos que cosechaba. Confiaba franquear, dentro de poco, el valladar de la agregación. Una vez en ella, se hacía a sí mismo la promesa de suplantar a sus colegas agregados. Pues arreciaba la lucha entre éstos. En cuanto se presentía una vacante, inmediatamente iban a ver a los «patronos». En automóvil o en taxi para ir más aprisa. Ocuparía el puesto quien llegara el primero, pues los nombramientos los efectuaba el consejo de profesores. En la espera, algunos postulantes rivalizaban en celo, enviaban trabajos y más trabajos, hacían hablar de ellos y vigilaban a los viejos profesores titulares, cuya cátedra ¿quién sabe? podría estar pronto vacante. En bacteriología, el «patrón» pensaba jubilarse pronto. Por ello varios agregados se apasionaban ya por la bacteriología, mientras otros se dedicaban entusiásticamente a las vías urinarias porque desde hacía un par de años el «patrón» envejecía a ojos vistas... En cambio, Vallorge trazaba sus planes a largo plazo. Suraisne contaba sustituir al anciano titular de la cátedra de anatomía en cuanto éste falleciera, lo que no tardaría mucho en ocurrir. Vallorge le concedía dos años más de vida. Luego, Ribieres, el titular de la cátedra de vías respiratorias, sería jubilado dentro de cinco años. Llegado este momento, Suraisne, profesor de anatomía, reclamaría la cátedra de vías respiratorias y no cabe duda de que se la concederían, tanto más cuanto que un titular es

considerado competente en todas las cosas, y se puede atribuir a un cardiólogo, por ejemplo, la cátedra de vías respiratorias. Siguiendo la estela de Suraisne, Vallorge alcanzaría primero la agregación y sería luego profesor de anatomía. Y cuando dentro de cinco años Suraisne sucediera a Ribieres en las vías respiratorias, Vallorge postularía la cátedra de anatomía que había quedado vacante. La muerte de Suraisne echaba abajo aquel paciente y audaz andamiaje. Buscarse un nuevo «patrón» sería una tarea larga y difícil. Y además, era demasiado tarde. Vallorge iba progresando. Sus rivales sentían por él un odio inexorable. No se le permitiría entrar en un nuevo equipo por demasiado peligroso. Ya se arreglarían para obstaculizarle el camino y desacreditarle cerca del «patrón». Era preciso cambiar de táctica, o bien, como había hecho Seteuil, abandonar la carrera profesoral, renunciar a la lucha, establecerse en la ciudad y contentarse con una carrera menos brillante. Vallorge no se resignaba a ello. Tras algunos días de reflexión tomó la decisión de tentar la suerte en el juego matrimonial. Cuatro patronos tenían hijas casaderas: Donat, Doutreval, el anciano Ribieres y Heubel. Pero Simone Heubel estaba casi prometida a Michel Doutreval, por lo que no valía la pena pensar en ella. Donat estaba muy avejentado. Su aorta no resistiría más de dos años. Su protección resultaba demasiado efímera y, por otra parte, su hija era más bien insípida. Quedaban Alice Ribieres y Mariette Doutreval. Ambas eran graciosas y bien educadas. La dote era bastante modesta, pero Vallorge prefería el apoyo al dinero. Vaciló. Luego se acordó de lo cascarrabias que era Ribieres. Hombre de otro tiempo, el viejo «patrón» tenía sobre el sacerdocio profesional ideas anticuadas. Carecía de clientela. Vivía con bastante modestia de los cincuenta mil francos que ganaba como profesor, y como era pagado por el Estado, se negaba a dar a los demás una minuta de su tiempo. Con él no eran posibles las componendas. Nunca designaba un candidato de antemano ni se prestaba a maniobras de pasillo. Siempre concursos leales. Cuando se le solicitaba algo, respondía invariablemente: —Yo me limito a ceñirme a las condiciones del concurso. Sólo él pronunciaba estas palabras. Con tal austeridad de principios no apoyaría Ribieres las ambiciones de su yerno. Por otra parte, las inclinaciones de Vallorge se dirigían en el fondo, a Mariette Doutreval, cuya gracia fresca y lozana le emocionaba cada vez que pensaba en ella. Y resolvió probar suerte. CAPÍTULO Sexto. Poco tiempo después murió Lapeyrade, el joven interno Lapeyrade que tan bien llevaba el compás con el paraguas del viejo Donat cuando se cantó Caroline la Putain en el banquete del mes anterior. Un chiquillo atacado de difteria ingresó en «L'Egalité». Lapeyrade lo cuidó, se contagió y murió. Una cosa son los estudiantes de Derecho, de Ciencias o de Letras, quienes jamás arriesgan su vida, y otra muy distinta los estudiantes de Medicina. De vez en cuando, a uno de ellos le sorprende la muerte a la cabecera de los desgraciados. Se le da sepultura con un discurso y se habla de ello durante ocho días. Y asunto terminado. Todo el mundo acaba por olvidarlo. Los que menos piensan en él son precisamente los estudiantes de Medicina, que prosiguen su labor. Que se comporten de una manera tan inconsciente y natural resulta, pensándolo bien, una cosa singularmente bella, hasta el punto de que jamás se ha visto a un estudiante de Medicina que se sienta superior a sus camaradas de Letras o de Derecho. En esa juventud que arriesga el pellejo con tal sencillez y tal ausencia de orgullo, uno ve únicamente el ejercicio de la profesión. Y esa juventud no tiene nada de particular ni de excepcional. Eso dice mucho a favor del hombre. El día del entierro de Lapeyrade, Michel resolvió, una vez terminada la ceremonia, llegarse hasta el Sanatorio. No había clase. Michel quería volver a ver aquella desdichada que había contado su historia en el transcurso de la operación. Un inexplicable pudor le impidió decir a sus camaradas a dónde iba. Les dejó a la salida del cementerio y marchó solo a pie, por la empinada carretera que conduce a Saumur. A mitad del trayecto se levantan las construcciones de cemento armado del Sanatorio. Michel subió hasta el segundo piso sin encontrar a nadie. Los más de los estudiantes y enfermeras se hallaban aún en el cementerio. Atravesó el largo pasillo del segundo piso. Repetía para sus adentros la indicación de Seteuil, que recordaba perfectamente. —Jeanne Lacroix, cuarto 28. 26...27, 28. Ya estamos. Llamó a la puerta. Nadie respondió. Volvió a llamar, empujó la puerta y entró. El cuarto estaba vacío. Desconcertado, Michel salió, titubeó un instante y luego fue a llamar al cuarto 27. —Adelante —repuso una voz de mujer. Al entrar profirió un juramento. El dintel era demasiado bajo y él demasiado alto. Se dio un fuerte golpe en la frente. Se detuvo, sentada en la cama, apoyada en los barrotes de hierro, de espaldas a la puerta, una forma femenina, una muchacha permanecía inmóvil, enfundada en el abato camión oscuro del hospital, con las manos extendidas sobre el embozo y mirando hacia el techo. No se volvió. La nuca afilada y esbelta revelaba su extrema juventud. Con el peinado hacia arriba, a la moda antigua, tenía una masa enorme de cabello de un rubio oscuro que acentuaba aún más la delgadez del cuello. La luz de la mañana bañaba aquella mota rubia y acababa de dar a aquella silueta juvenil una sensación casi irreal. Michel, sorprendido, se detuvo en el umbral. —¡Ejem! —tosió. Pero la muchacha no se volvió. Debía de creer que era una enfermera. —Señorita —dijo Michel. La muchacha se estremeció y volvió hacia él un rostro pálido, con unos ojos grandes y oscuros, vagamente temerosos, como los de una bestia acosada. Murmuró: —Caballero... Caballero... Su turbación era visible. —Estoy buscando a Jeanne Lacroix... —balbució Michel—. Jeanne Lacroix... .., cuarto

28.... ¿No es éste el segundo piso?. —Sí, señor —respondió la muchacha—. Murió ayer por la mañana. —¡Ah! —exclamó Michel—. Está bien... está bien... Siento que... Sentíase turbado sin saber por qué. Tenía la sensación de parecer un idiota. Y preguntó simplemente: —¿Sufrió mucho? —No mucho. Había agotado ya las fuerzas... —La conocía un poco —explicó Michel—. Vi cómo la intervinieron el otro día... —Sí. Lo sé... —Soy un estudiante de Medicina. Un amigo del señor Seteuil... —¡Ah, sí, el señor Seteuil...! ha sido él quien ha rogado al señor Ribieres que me permitiera quedarme aquí. —¿El profesor Ribieres? —Sí, el médico jefe. —¿Y no podía usted quedarse aquí? —No. Yo soy «bacilar». Este es el pabellón de los pretuberculosos... Es un favor que me ha hecho. La señorita Daele me aprecia mucho... La muchacha sonrió tímidamente. Michel, que se había adelantado hasta el centro del cuarto, fue a la ventana y, de espaldas al patio, se sentó al borde de la cama y miró a la enferma. Embutida en el tosco paño burriel del hospital, en cuya prenda cabían tres como ella, la muchacha se sentía como perdida. Seguramente no había cumplido aún veinte años. Miraba a Michel con una ingenua franqueza casi infantil. Debía de ser una jovencita inocente. Condenada sin duda a la tuberculosis. ¡Qué delgada estaba! Sus sienes eran altas y estrechas. Y los ojos demasiado grandes, como dilatados en el rostro. Una niña, en suma. Una niña todavía pura. Se veía. Michel se sintió conmovido. Con su tono de voz grave, su alta estatura y sus anchas espaldas que cubrían toda la ventana tenía vagamente la impresión de ser demasiado hombre, demasiado robusto frente a aquella muchacha. —¿Hace tiempo que está usted aquí? ¿Cómo enfermó usted? —preguntó. —No lo sé, señor —respondió la enferma con un acento intimidado, como las gentes del pueblo cuando contestan al interrogatorio del médico—. Me sentí enferma cosiendo a máquina. Y comencé a vomitar sangre. —¿Era usted modista? —No, sirvienta. —¿Y sus padres? —Mi padre murió hace tiempo. Mi madre se volvió a casar. Y mi padrastro... No sé cómo explicárselo... —Sí —dijo Michel. —Mi madre me achacaba la culpa a mí y decía que era yo quien «mariposeaba a su lado...» yo no me atrevía a decir nada... Luego huí de casa. Me coloqué como sirvienta. Tenía entonces catorce años. ¡Qué necia era, Dios mío! Sonreía. Y Michel, al ver que la muchacha se creía ya mujer vieja y muy sensata, no pudo por menos de corresponder a su sonrisa. —¿Y después? ¿Cayó usted enferma? —En seguida, no. Prestaba mis servicios en una casa muy grande. Tenía doncella y cocinera. Más tarde mis dueños despacharon a la cocinera y luego a la doncella. Habían perdido todo su dinero. Entonces tenía que lavar y cocinar yo sola. Me fatigaba mucho y no podía con mi alma. Los domingos por la tarde me permitían salir, pero en lugar de irme a pasear me encerraba en mi cuarto y me acostaba. Un día tuve un vómito de sangre. El médico me dijo que tenía un pulmón enfermo... »Con todo seguí trabajando. Y cuando ya no pude hacerlo tuve que dejar el empleo. »Contaba con algunas economías. Escribí a mi madre, quien consiguió mi ingreso en un sanatorio de París. Era muy caro. Sobre todo las sales de oro. No pude estarme mucho tiempo allí. Tuve que regresar convaleciente. El viaje me fatigó mucho. La maleta era muy pesada y los faquines cobran muy caro ¿verdad? »Encontré un empleo en una espaciosa quinta de ParisPlage. Siempre estaba llena de invitados. Tuve que dormir en los sótanos por espacio de tres semanas. Eran extremadamente húmedos y las paredes chorreaban continuamente... Cogí frío y volví a caer enferma. Entonces, para ganarme la vida, trabajé de costurera haciendo vestidos de confección a máquina. Pero me daba cuenta de que no llegaría lejos... Y entretanto había muerto mi madre... Finalmente he podido ingresar en este sanatorio. Voy a cumplir dieciocho años. »La máquina era muy pesada... Una máquina de sastrer... Un modelo demasiado grande... Hablaba en voz baja, con un tono dulce y monótono. Michel miraba, extendidas sobre las sábanas, aquellas manos grandes, fuertes y rojizas, con la yema de los dedos moteada de pinchazos de aguja, y aquel rostro afilado, descarnado, menudo y esmirriado bajo una exuberancia de ensortijados cabellos rubios, una frondosidad enorme, opulenta, suntuosa, que parecía vivir de aquel fragilísimo ser y consumirlo. Sólo las pupilas permanecían vivas, dos pupilas negras, brillantes, engastadas en la córnea de un blanco azulado que las hacía aún más sombrías. Las aletas de la nariz le palpitaban. —Aquí debe de aburrirse soberanamente. La muchacha levantó la mano del embozo e hizo un ademán de resignación. —¿Qué quiere usted...? —El abate Vincent, con su cine... —Sí, los primeros meses me gustaba mucho. Ahora ya no puedo bajar. Y han levantado este piso... —¿Qué piso? La muchacha mostró por la ventana los edificios de las cocinas recientemente construidas. —Al principio no había nada de todo esto. Veía pasar por el boulevard el trole del tranvía... Era para mí una gran distracción. Y sabía la hora... Ahora ni siquiera puedo ver el trole... —¿No tiene usted reloj? —Sí, sí. Pero está estropeado. Sus mejillas se tiñeron ligeramente de púrpura. —Pedí a la señorita Daele que lo mandara reparar; pero es un poco caro... Prefiero esperar. Y diciendo eso sacó de debajo de la almohada un pequeño círculo de acero oscuro, cuyo cuadrante amarillo estaba rajado. —Es curioso —dijo—; aunque no funciona, me gusta tenerlo conmigo, como si me hiciera compañía... No sé por qué... De nuevo asomó a sus labios una triste sonrisa. —Hay que tener ánimos —murmuró Michel torpemente. La enferma no respondió, y tras una breve reflexión dijo —Todo lo que pido es que me permitan estar aquí hasta el fin... No me gustaría ir al pabellón IV, el de los contagiosos... Hago todo lo que puedo, no digo nunca nada, ni hago ruido... Procuero no molestar a

nadie... Sí, creo que se olvidarán de mí... —¿Y por qué teme usted que la trasladen de sitio? —Porque estoy tuberculosa... a los infecciosos no les está permitido estar aquí... Es un favor que me hacen. El señor Seteuil me lo ha dicho claramente: «Si no está usted en el pabellón IV, pequeña, me lo debe a mí...» —¿Y no le gusta a usted el pabellón IV? —Estoy acostumbrada a estar aquí... Tengo un cuarto para mí sola. Y me dejan tranquila... Y, además, cuando uno de los contagiosos va a morir, se le traslada a un cuarto aparte y uno se entera de antemano de lo que va a ocurrir. Yo tengo miedo... He visto morir a una... amiga... He permanecido hasta el fin en su cuarto... en paz... Y, finalmente, cuando una recibe visitas, aquí es menos triste... —¿Recibe usted algunas? —Al principio, una vieja vecina... venía cada quince días y me traía tres plátanos. Me daba conversación durante una hora y yo estaba muy contenta. Pero ahora ya ha dejado de venir. Estas enfermedades son muy largas y uno acaba por cansarse... —Así ¿no tiene usted familia? —¡Oh, sí! Una tía en Amiens. Una mujer muy buena. Tiene siete hijos. Yo tenía que ser madrina del último cuando caí enferma. —¿No ha venido nunca a verla? ¿No ha escrito al menos? La muchacha sonrió. —Ya puede usted imaginarse que no le he dicho que había ingresado en el hospital. Querría ayudarme en seguida y enviarme algo. Le he dicho que había encontrado una buena colocación y que me iba seis meses de vacaciones con mis señores. Michel se levantó y abandonó la ventana. Sentíase a la vez conmovido y turbado. Antes de venir había preparado dos billetes de a diez francos para Jeanne Lacroix. Pero no se atrevía a ofrecérselos a aquella muchacha que no conocía. Y al mismo tiempo se avergonzaba de marcharse de aquel modo. —Debo irme —dijo—. Pero volveré. Sí, volveré... Entonces, hasta la vista... Hasta la vista... La semana próxima. Estaba tan aturdido, tenía tanta prisa en marcharse que al salir se olvidó de agacharse. Su voluminosa cabeza chocó de nuevo contra el dintel de la puerta. Y salió al pasillo restregándose la frente y mascullando palabras ininteligibles. Al doblar la escalera, como iba preocupado y con la cabeza baja, tropezó con un cuerpo que después de dar un grito estuvo a punto de caer hacia atrás. Michel lo agarró del brazo con mano firme. —¡Oh, perdón! —¡Vaya bruto! Michel reconoció a la señorita Daele, la enfermera. —¡Ah, es usted! ¡Debí sospecharlo! —¿Le he hecho daño señorita? —¿Qué si me ha hecho daño? ¡Con semejante apretón ya verá usted el cardenal que tendrá mañana en el brazo! ¿Y qué está usted haciendo en mis salas? —Vine a ver a Jeanne Lacroix —respondió Michel— y he estado charlando un rato con su vecina. —Ah, sí, esa pobre pequeña. —¿Cómo dice usted que se llama? —Evelyne Goyens. Una buena muchacha. Está siempre sola y no molesta a nadie. Ustedes no se hacen cargo de esto, Doutreval. Ya me doy cuenta al ver lo que ocurre con Lucien. Lucien era Seteuil, el amigo de Madeleine Daele. —Son ustedes demasiado ricos. Ustedes no saben lo que es poseer en este mundo únicamente siete o diez perras chicas para toda la vida. Sin embargo hay muchos aquí como sumidos en una pobreza que nadie puede imaginarse, pues ni siquiera tienen camisa ni ropa porque pertenecen al hospital. Gentes como Evelyne, que no deberían de sanar. El dable, una verdadera desdicha, porque los pobres no poseen zapatos, ni ropa, ni pañuelo. ¡Gentes que ni siquiera sienten el deseo de vivir, Doutreval! ¡Y cuando pienso en la vida que lleváis vosotros, los ricachos. ! Michael trató de sonreír. Madeleine Daele se desvivía por sus enfermos, hacía los análisis de esputos, inyectaba, curaba, sustituía a los internos y aplicaba las inyecciones intravenosas cuando Seteuil y Santhanas no se atrevían hacerlo en cuanto tenían que enfrentarse con un brazo demasiado carnoso en que se veían con dificultad las venas. Cuando se presentaba la ocasión, Madeleine daba su opinión al propio «patrón» Ribieres acerca del curso de una pleuresía o de una caries ósea. Era hija de un ingeniero electricista de Grenoble. A causa de su profesión se había apartado de su familia. Se había liado con Seteuil hasta convertirse en su amante. Seteuil se divertía mucho con ella, y cuando quería armar bulla se iba a su casa con diez camaradas, exigía que diera de cenar a todos y se servía de su amante como de una sirvienta. Desde que efectuaba suplencia, se había comprado con el dinero ganado un C.4 de ocasión, muy traqueteado. Era Madeleine quien pagaba cada mes las facturas de gasolina y las reparaciones. Con tal que Seteuil no la abandonara, no decía nunca nada y a todo se avenía. Mostró a Michel cofrecitos de cristal, marcos de cartón, muñecos de lana, manteles y toda clase de pequeños trabajos confeccionados por las enfermeras. En el barrio donde vivía organizaba tómbolas y loterías y gracias a sus vecinas y los tenderos de donde se surtía, el producto de aquellas chucherías le permitía ofrecer algunas monedas a los desgraciados que cuidaba. Siempre estaba sin blanca. Las tres cuartas partes de sus honorarios iban a parar a sus enfermos, y el resto a Seteuil. Ribieres sabía esto, conocía su historia y apreciaba mucho a su ayudante. Madeleine endilgó a Michel una horrible muñeca y le cobró veinte francos. CAPÍTULO Séptimo. Deslizábase el rápido, cual una serpiente verdegris, a través de la campiña de la Tourange, suavemente ondulada y dorada todavía por los últimos esplendores otoñales. En el vagón restaurante, solo en su mesita, Olivier Guerran almorzaba. Un pollo con ensalada rociado con media botella de Burdeos. A través de la ventana el paisaje se iba modificando lentamente; villorrios de piedra grisácea, ribazos cuajados de cepas todavía purpúreas, castillos de techumbre de pizarra y largas avenidas bordeadas de tupidas cortinas de álamos italianos. El Loira se dibujaba gris y brumoso. Guerran apoyaba el periódico contra la botella de vino, y entre bocado y bocado leía una línea. Con un

marco ovalado, su retrato aparecía en primera página a dos columnas. Mientras comía llegaban a sus oídos discretos y halagadores cuchicheos. —Es Guerran... el ministro Guerran... El martes anterior el Gobierno había dado un traspíe con una simple piel de plátano. Una maniobra no muy limpia de Ramboise, el jefe de la oposición. Llamado al Eliseo, Ramboise había, naturalmente, recibido el encargo de constituir nuevo gobierno. Y había propuesto a Guerran formar parte del mismo. Guerran había aceptado a condición de serle adjudicada la cartera de Agricultura. En la precedente legislatura había sido ya dos veces ministro de Agricultura. Y había adquirido en este dominio una competencia que nadie le discutía. Además, ello le reportaba una ventaja. Le creaba una reputación de entendido, al mismo tiempo que podía contestar a los envidiosos de su partido que pudieran reconvenirle haber entrado en una combinación «reaccionaria». —Yo no hago política. Mi papel en el gabinete es un papel de especialista, de técnico. Yo ocupo un «ministerio técnico». En cuanto a sus electores, la fabulosa cantidad de cartas y telegramas de felicitación llegados a partir del martes, al ministerio de la calle de Varennes bastaba para tranquilizar a Guerran sobre el modo de pensar de aquellos. El departamento de Maine-et-Loire, agrícola y vitícola, no podía ver con malos ojos que su diputado electo llegara a ser ministro de agricultura. Con un sordo gruñido, el tren franqueó un viaducto por encima de un angosto valle. «Aún faltan diez minutos», pensó Guerran. Llamó al camarero, pagó la nota y volvió con paso vacilante a su compartimiento de primera clase, apartando a la gente en el pasillo y seguido constantemente del murmullo, agradable y dulcemente halagador, de la popularidad: —Es Guerran... el ministro... Olivier Guerran. Guerran era de origen modesto. Hijo de un humilde profesor laico, después de licenciarse en Derecho comenzó a actuar en Angers, pero allí, asfixiado por los abogados de renombre, dándose cuenta de que pasarían por lo menos diez años antes de que pudiera ganarse holgadamente la vida y no contando con medios para aguardar tanto tiempo, se lanzó a la política, un camino rápido y seguro para triunfar en el Foro. Su éxito fue tan resonante que a poco la política le interesó mucho más que el ejercicio de su profesión. En 1914 partió para el frente e hizo la guerra como simple soldado, rechazando siempre las propuestas que se le ofrecieron para emboscarse. Un año antes de la guerra, después de no pocas vacilaciones, se casó con su amante Julienne, una muchacha a quien conoció en un café, donde llevaba una vida asaz ligera, y que tras algunos años de relaciones le había dado un hijo. Pero Guerran se relacionaba también con otra mujer y no pensaba contraer matrimonio. Fue su anciana madrina, la señora de Nouys, una santa mujer cuya memoria todavía veneraba, quien le instó a casarse y le aconsejó en la elección. Entre sus dos amantes, Guerran hubiese preferido a la más joven, bien educada y de carácter dulce. Pero la otra, Julienne, tenía un hijo de él. —Cásate con Julienne —le dijo la señora de Nouys, una vez que Guerran se hubo confesado a ella—. Es tu deber. Toda su vida había de pagar Guerran cara, cruelmente cara, su elección. En cuanto a Julienne, por supuesto, jamás había perdonado a la señora de Nouys el hecho de deberle la mayor ocasión de su vida. A fuerza de insidias y de odio había logrado separar a Guerran de su madrina y la anciana murió sin haber vuelto a ver a su ahijado. Después de su matrimonio, Julienne había dado a su marido un segundo hijo, una niña. Y, entretanto, la situación política de Guerran había progresado notoriamente. —¡Angers! ¡Angers! Guerran se apeó del tren. Un faquín cargó con su maleta y la condujo a un taxi. —Al «Palais» —dijo al chofer. No tenía ninguna necesidad de ir al Palais. Pero cedía a una pequeña vanidad secreta, al afán de ser visto. Sólo permaneció en la biblioteca de los abogados algunos minutos, el tiempo justo de recoger la correspondencia, de estrechar la mano a sus amigos y de regocijarse con la expresión biliosa de sus rivales. Los saludos desabridos, falsamente indiferentes, el aire atareado de gentes que no querían verle, los cumplidos penosamente arrancados a labios acerbos, los rumores, los cuchicheos, las ojeadas furtivas a su espalda, las sonrisas insidiosas, todo ello lo saboreó en un instante, intensamente, como el perfume que emanara de su victoria. Habló en voz alta, rió, hinchó el pecho y se mostró a los ojos de todos el más fuerte, el más optimista, el más seguro de sí mismo, más triunfador aún de lo que se sentía. Sabía que desde hacía años se le espía, se observaba su rostro y se analizaban sus facciones cuando acababa de pleitear, para encontrar en ellas una lasitud, un abatimiento, los primeros síntomas de la fátiga. Circulaba el rumor de que padecía una afección cardíaca y que ello se notaba en su arteria temporal, sinuosa y demasiado hinchada después de un esfuerzo oratorio. Y los envidiosos observaban a pesar suyo el temporal de Guerran después de cada una de sus intervenciones. Vio a Rebat, el más recalcitrante de sus enemigos, entrar en la biblioteca y esperar como un ratón en cuanto se dio cuenta de la presencia del nuevo ministro. Escuchó regocijado el relato que se le hizo de cuanto había ocurrido el miércoles por la mañana, cuando se supo que formaba parte del Gobierno. Casi un motín; abogados fuera de sí mismos, profiriendo injurias y querellándose, altercados entre amigos y enemigos; en suma, una verdadera revolución palaciega. Hasta el punto de que el bibliotecario, el anciano Máyer, se había visto obligado, con respeto no exento de firmeza a interponerse entre dos grupos prestos a llegar a las manos. El gabinete y la habitación de Guerran se hallaban a dos pasos del «Palais». El abogado se trasladó allí a pie. El despacho del «patrón», los secretarios y las salas de espera ocupaban toda la planta baja. Una treintena de clientes se apretujaban allí, confiados en el poder del abogado ministro y denunciando

con su número la fe universal de pueblo en la influencia, las relaciones y la preponderancia de lo político sobre lo judicial. Guerran entró en su despacho, llamó primero a sus tres secretarios y a su hijo Charles, atajó sus manifestaciones de entusiasmo, reclamó los dossier más esenciales y retuvo un instante a su hijo para hablarle. Charles Guerran acababa de licenciarse en Derecho y, casado desde hacía seis meses, preparaba su doctorado al tiempo que trabajaba en casa de su padre. Orgulloso de vestir la toga, afectaba ya la majestad del hombre de leyes; vestía de negro, se escuchaba a sí mismo, hacía ademanes constantemente y hubiera querido aparentar una madura gravedad. No ignoraba Guerran que, en el fondo, su hijo era de un temperamento nervioso y un carácter débil. Hablaron un momento de su casa y de los asuntos pendientes. Sonó el timbre del teléfono. Legourdan, el principal de los secretarios de Guerran, le anunció la llegada del profesor Géraudin. —Hágale entrar en seguida —dijo Guerran—. Ve a buscarlo, Charles. Charles salió y a poco introdujo a Bernard Géraudin en el despacho de Guerran. Afectuoso y deférente, el ministro se precipitó tendiendo las manos hacia su viejo amigo. Ambos se abrazaron. —¿Cómo estás? —dijo Géraudin, con el rostro encendido, en el que destacaban sus sonrientes ojillos grises, y tocándose con maquinal ademán el lóbulo de sus encarnadas orejas hundidas en la carnosidad del cuello—. ¿Estás contento? ¿Y los electores? Con un ademán mostró Guerran las cuatro grandes bandejas de plata repletas de telegramas y cartas de felicitación. —Ya lo ves. Otra vez en la calle de Varennes. Y una Prensa magnífica. ¡Oh, sí, estoy contento! Ofreció a Géraudin una butaca de cuero, un butacón donde se arrellanó la maciza y achatada humanidad de Géraudin. De un mueble antiguo, lleno de viejos libros encuadernados, tras los cuales se ocultaba un pequeño depósito de licores, sacó una bandeja, vasos, una botella de coñac Napoleón y una caja de cigarros habanos. Escanció el dorado alcohol en las altas copas de cristal colorado. —Basta, basta —decía Géraudin tendiendo hacia los cálices su mano elegante y musculosa, una mano de hombre joven. —¡Bah, toma un cigarro! —Esto no es razonable. no es razonable. ¡Me estás tentando! De todos modos, éste. ¡Ah, qué bien huele! Encendió un habano y se tocó nuevamente el lóbulo de la oreja. —Fumo demasiado. Es estúpido. Valérie tiene razón. —¿Cómo se encuentra? —Psé... Ya la conoces... Con su horrible carácter nos va a enterrar a todos. Pero no se trata de eso. Hablemos de ti. Cuando telefoneé a El progreso social y me enteré de la noticia, di un salto. De no haber sido por la clínica y los enfermos estoy seguro de que me hubiera ido a París. Antes de cinco años serás presidente del Consejo. Te lo predice tu viejo amigo. Hablaron de política, de elecciones y de Facultades. Guerran explicó su ingeniosa concepción del «ministerio técnico». Géraudin expuso los deseos de Gigon, el secretario de la Facultad y explicó los motivos por los cuales su oscuro, poderoso y precioso primo soñaba con la nueva condecoración, la del «Mérito Médico», que sería en sus manos un medio de acción suplementario y prodigiosamente eficaz. Guerran se lo prometió. El ministro de Sanidad era Hochepped, un excelente amigo. La cosa sería fácil con tal que el ministerio se sostuviera durante algunos meses. Con este motivo recayó la conversación sobre la sanidad pública y la famosa «orden de los médicos» que no llegaba a publicarse porque se oponían a ella las izquierdas. El fraude en los accidentes del trabajo y los abortos es un medio demasiado bueno de propaganda electoral para quienes encuentran sus electores en la masa. Sufragio universal sin contrapeso en la autoridad de las elecciones obreras, campesinas y burguesas; reinado aparente de un pueblo en realidad emponzoñado y dirigido por los poderes de las finanzas y la Prensa. Guerran evocó con escepticismo aquel triste juego al que se sometía, aunque con cierta repugnancia, porque así era necesario, a propósito del alcoholismo. Géraudin se refirió a la insensata publicidad que se permite a los fabricantes de esas inmundicias llamadas «aperitivos». Y Guerran contó entonces la aventura de uno de sus amigos, periodista cuya colaboración fue admitida en uno de los grandes cotidianos de París y a quien la redacción había comenzado por advertirle: —Es usted libre. Escriba lo que le plazca. Pero no hable usted del Ejército, ni de la Iglesia, ni del alcoholismo, ni de la prostitución reglamentada... Géraudin rió de buena gana. —¡Pobre Ejército! ¡Pobre Iglesia! ¡Vaya una compañía que tienen! Continuaron charlando durante un cuarto de hora. Luego Géraudin hizo oídos sordos a Guerran que quería retenerle y quiso marcharse. —¡No, no! Veo tu correspondencia por abrir... Y me he mostrado descortés con cuarenta clientes que te esperan en la antesala. Me voy. Adiós. Ven a cenar con nosotros el día que te apetezca. No, no quiero fumar más... Hasta la vista. Guerran recibió clientes y trabajó toda la tarde. Sus asuntos más importantes se referían naturalmente, a cuestiones fiscales, aduaneras o administrativas. En estas cosas el abogado parlamentario puede «intervenir» con todo su peso. De cada diez veces, nueve, Olivier Guerran se jactaba de solucionar los litigios sin necesidad de pleitear, con la ayuda de su hijo y de sus secretarios dio cima a un trabajo ingente. A las siete, cansado y contento, salió del despacho y subió al piso desde donde Charles telefoneó que «Micheline y mamá acababan de llegar». Julienne Guerran acogió a su marido con indiferencia. Hacía mucho tiempo que ni uno ni otro se tomaban siquiera la molestia de fingir un sentimiento de ternura. Muy morena, de ojos negros, duros y casi ardientes, el rostro afilado, la tez aceitunada, con las cejas subrayadas de negro y los labios de encarnado, las facciones de Julienne Guerran expresaban un no sé qué ardoroso, imperioso y cruel. Dos años más

joven que su marido, llevaba vestidos vaporosos que sentaban a maravilla a su esbeltez española. Fumaba mucho y gastaba todavía más. Hasta la hora de cenar, Guerran se ocupó solamente de su hija, Micheline, diecisiete años, rubia, de ojos azules, la tez rosada, fuerte y lozana, era la preferida de su padre. Guerran se sentó en una butaca, colocó a su hija sobre las rodillas y sin parar mientes en su cháchara se sentía feliz con sólo mirarla. Luego llegó Charles Guerran con su mujer Andréé. Sentáronse a la mesa. Entre Olivier y Julienne se entabló una discusión que duró toda la cena. Julienne había acariciado la idea de ir a París con su marido y habitar en la capital los departamentos reservados al ministro en la calle de Varennes, compartir su gloria, sumergirse en el bullicio mundano que tanto le gustaba y que constituía para ella una especie de estimulante y de alimento físico. En seguida formuló la pregunta: —Entonces, ¿cuándo nos reuniremos contigo? —Nunca —dijo Guerran. —¿Por qué? —Por Micheline. Es demasiado joven. No quiero que conozca aquella vida. —Podemos dejarla aquí en una pensión. —No quiero que Micheline sea pensionista. Y se produjo la disputa. Una vez, Julienne acusó a Olivier de sacrificarla a sus hijos y de querer mantener en París relaciones con otras mujeres. Comenzó a gritar y a dejarse llevar por arrebatos, sacó nuevamente a relucir sus violencias de muchacha, rompió una botella y subió a acostarse dando un portazo. Antes de que su madre saliera, Charles y Andréé se acordaron que aquella noche habían de ir al cine. Y desaparecieron sin esperar el postre. Guerran se quedó solo con Micheline, mientras Elisa, la doncella, levantaba la mesa con ayuda de la cocinera. Guerran pasó toda la velada con su hija. Se acomodaron cerca del radiador, pero a poco la muchacha volvió a sentarse en las rodillas de su padre. Guerran le hacía preguntas dulcemente, casi maternalmente. Tenía la impresión de ser al mismo tiempo el padre y la madre de su hija. Preguntaba: —¿Cómo te va en la pensión? ¿Y tus estudios? ¿Y tus notas? ¿Están contentas de ti las señoritas? Trataré de cederles en alquiler aquel terreno municipal para el baloncesto. Les dirás que... Yo mismo iré a verlas y les hablaré de ti... Ateo, pero sintiéndose desdichado de serlo, Guerran confiaba a su hija a un pensionado religioso. Y continuaba. —¿Y esta semana? ¿Qué has hecho, Micheline? ¿Has sido buena aquí? Supongo que no vas al cien por las noches. —No, papá —contestaba Micheline. —¿Tienes bastantes libros? ¿Quieres otros? Tienes tu música, tu pintura, tus compañeras... No me gusta que salgas, hija mía... es para tu bien. ¿No me guardas rencor? —¡Oh, no papá! —Y sabes, además, que tienes que decírmelo todo, que nada oculto debe de haber en este corazón. Ya sabes que puedes tener confianza en tu viejo papá, Micheline. —Bien lo sé —decía. Besaba a Guerran. Éste le acariciaba sus hermosos cabellos rubios, al tiempo que la miraba. Tenía un talle esbelto, un pecho pronunciado, robustas caderas y una salud floreciente. A los diecisiete años era todavía una niña y ya mujer, una maravillosa promesa de vida y de fecundidad. Guerran encontraba hermosa a su hija, hasta el punto de que se le humedecían los ojos de emoción, de orgullo y de alegría. Y le hablaba, buceaba en su corazón, penetraba hasta el fondo de su alma, orgulloso, feliz, invadido por el placer de sentirla intacta, inmaculada, sin nada secreto ni tenebroso, pura, de una pureza que no era más que obra suya. Pues era él quien la había salvado de Julienne, él quien, viciado y zarandeado por la vida, había sabido a fuerza de voluntad, de paciencia, de franqueza y de delicadeza preservar aquella alma juvenil y merecer su confianza como una madre. Y al verla aquella noche reírse con él, con una risa sana y fresca, y hablarle como a un camarada amado a quien nada se oculta, Guerran se juzgaba recompensado. Con gran tacto le preguntó sobre su madre. Guerran temía a Julienne. Sabía ya cómo aconsejaba a Micheline con vistas a un buen matrimonio: vestidos, flirts, afeites, artificios, coqueterías y truhanadas de toda clase. Julienne enseñaba todo esto a su hija, segura de poseer la experiencia de los hombres y también con la seguridad de que, especulando sobre sus instintos, su sensualidad, su estupidez y, de vez en cuando, su bajeza, una mujer sale siempre triunfante. Así cría Julienne preparar la felicidad de su hija. Contra esto luchaba Guerran, porque conocía a Micheline. Era joven y pura, pero no ignoraba que había madurado muy de prisa, que no tardaría en ser una mujer completa y que poseía, sin que se diera cuenta, una exuberante vitalidad. Acompañada de Julienne, Micheline había ido al baile de la Prefectura donde tuvo un éxito total. Guerran era ministro desde la víspera. —¿Qué vestido llevabas? —le preguntó Olivier— ¿Con quién bailaste? ¿A qué hora volviste? ¿Quién te acompañó al bar? ¿Robert Bussy? ¡Ah! ¿El hijo del notario? Bien, bien. ¿No te corteja un poco este muchacho, «Michou»? entre nosotros... Ya sabes que estas cosas no tienen nada de particular. Puedes y debes hablarme de ello... dentro de algunos años estarás ya en edad de casarte... pero yo debo saberlo todo... ¿No lo has vuelto a ver? ¿Ninguna carta? ¿No ha venido por aquí? —No, papá —repuso Micheline—. Yo... No me es indiferente... pero esto es todo... — Está bien. Ya veremos esto... Le invitaremos para las vacaciones, ¿verdad? Tú podrás juzgarle... y yo también... Y discutiremos los dos sobre él... En principio es un partido muy aceptable; pero ya sabes que no debes tener secretos para mí... Sólo me tienes a mí... Yo soy tu madre, «Michou». Soy yo tu madre... Vamos, se hace tarde y es hora de ir a la cama, hija mía. Besó a Micheline, quien antes de ir a acostarse obtuvo de su padre la promesa de una raqueta nueva, una máquina fotográfica y un mes de vacaciones en París-Plage el próximo verano. En las horas de la velada Micheline sabía ingeniarse para lograr de su padre cuanto le apetecía. Guerran lo sabía y no le desagradaba.

Al quedar solo, reflexionó un instante. Robert Bussy, sí... El muchacho le parecía bien... Las cosas irían de prisa... Se imaginó a Micheline casada y se asustó. —¡Cómo la echaré de menos! ¡Qué vida! ¡Qué soledad! Movi6 la cabeza. —Ya es sabido que uno no los cría para sí. Pero Guerran no aceptaba esta separación. Para él Micheline lo era todo, mucho más que su hijo Charles, que se había acercado a la madre por una similitud de caracteres que les hacía identificarse. Guerran consultó el reloj. Las nueve y media. Vaciló un instante. Le desagradaba irse a su cuarto. Cogió el sombrero y salió a la calle. Anduvo sin rumbo fijo. Le acechaban una vez más los dos monstruos a los que toda la vida había querido escapar: la soledad y el enfrentarse consigo mismo. Nuevamente vaciló: —¿Elena? No, no. Me fastidia... entonces, ¿chez Triboux? Permaneció un momento indeciso. Aquella noche, presa de una exaltación no exenta de fatiga, después de tantas alegrías, tantos choques, tantas emociones y finalmente aquella disputa con Julienne, no le hubiera desagradado un contacto femenino. Sólo al azar, muy raramente, cuando la bestia lo exigía, se liaba con una mujer sin riesgo alguno por espacio de varias semanas, o se iba con una de las pupilas del sitio más elegante, confortable y discreto de Angers cuyo patrón, Triboux, era por otra parte un opulento y poderoso agente electoral de Guerran. En suma, aquella anoche medía Guerran la abrumadora vanidad de aquella gloria que tanto le envidiaban los demás y que le dejaba el alma vacía, pavorosamente solitaria. «Es necesario... Tengo que ser libre... —pensó—. Pero está Micheline. Si se enterara de que tengo una amante se mostraría demasiado celosa... » Pensó de nuevo en Micheline y en el papel que tenía que desempeñar cerca de ella. «Es una cosa singular —pensaba— cómo se pueden implantar y desarrollar en un ser amado virtudes y purezas de que uno carece» La evocación de Micheline le hizo detenerse a mitad del camino de chez Triboux. De pronto, le invadió un sentimiento de asco por todo lo que le esperaba allí. Se imaginó a la mujer con sus frases hechas, sus palabras de amor comercial, sus preparativos, sus caricias, sus gestos que uno veía maquinales, profesionales, horros de sentido, como la cortesía de un viajante de comercio. Y experimentó de antemano esa vaga desazón subsiguiente a tales amores. Volvió sobre sus pasos y se encaminó a la plaza de Armas para leer los periódicos de la noche antes de ir a acostarse. Así esa pureza que ya no tenía y que había sabido mantener en su hija, volvía aquella noche a sentirla como si hubiese penetrado en él de rechazo, elevándole por encima de la bestia yugulada. Pero no tenía conciencia de ella. Erraba solo por las calles oscuras, pensando en su vieja madrina, la señora de Nouys. Una noble dama, pobre, digna y muy piadosa, que le había cuidado y amado tanto. Fue la única mujer en el mundo que pudo hablarle de virtud sin que sonriera o se incomodara. Quizá porque aplicaba a su propia vida los principios que predicaba. Evocó aquel rostro marchito, bondadoso e indulgente. Pero ¿por qué había querido que se casara con Julienne? ¡Qué tremendo error! Y, no obstante, de una manera inexplicable, se sentía incapaz de guardarle rencor. ¡La señora de Nouys, su madrina! En sus horas solitarias pensaba siempre en ella sin saber por qué.

CAPÍTULO Octavo. Al despedirse de su amigo Guerran, Géraudin subió al coche, y Louis, su fiel chófer, le condujo a la clínica. Allí asistía Géraudin a toda la aristocracia de apellido o de dinero, de la región. Visitábanle también, para extirpar un apéndice o levantar un pecho, gente de París donde sus clientes habían desde hacía tiempo divulgado su nombre y afirmado su celebridad, numerosas mujeres de industriales, artistas y americanas de paso. Hizo una visita a los cuartos de los enfermos y se detuvo un momento a la cabecera de la cama de la señora Boissy, la mujer de un importante tejero de Fumay. Se trataba de una restauración plástica del pecho, un caso difícil que atendía personalmente. La enferma debía seguir en su casa un régimen deplorable a base de vino de Borgoña, pescado y sin duda pollo, puesto que las llagas no llegaban a cicatrizar. Pasó casi una hora visitando a los intervenidos y bajó luego al despacho para examinar las cuentas de la señora Claim, la jefa de las enfermeras. Era el lado «práctico» de la profesión, como solía decir. Esas sumas, esas facturas del carnicero, del panadero, de los proveedores, esos gastos de operación impagados, esas listas de salarios para fin de mes. Esas fichas de Seguros Sociales o de patentes, esas hojas de contribución multicolores, todo ese revoltijo de papeles le horrorizaban. A su juicio, Géraudin había nacido para operar, pero no para fiscalizar cuentas. Mas Valérie, su mujer, vigilaba atentamente el rendimiento de la clínica. Hasta el punto de que Géraudin, que había arrancado a la muerte decenas de vidas humanas, perdía el tiempo practicando operaciones de cirugía estética, haciendo superficiales remiendos a viejas epidermis blandengues y ajadas por las pasiones, trabajo indigno de él, pero que le reportaba unos trescientos mil francos al año. Por otra parte, había alcanzado en este arte un notorio virtuosismo. Sólo de la Comedia Francesa se citaban al menos tres pechos que eran obra suya. Describía un círculo en la piel, en torno a la aureola del seno abatido. Seis o siete centímetros más arriba diseñaba y extirpaba una rodaja de piel del mismo diámetro. Deslizaba el pezón bajo la piel, lo levantaba y lo hacía surgir en el nuevo agujero practicado. El pecho había sido «levantado» y no quedaba más que cercenar más abajo el resto de la piel vacía e inútil. La cicatriz en torno del pezón, confundida con la aureola, era apenas visible. La intervención costaba cincuenta mil francos. Géraudin estimaba no sin razón, que tales fantasías pueden pagarse. Cinco años duraba la eficacia de la operación. Luego el peso de los senos dilatava poco a poco la piel y el pecho volvía a caerse. Pero

siempre podía recomenzarse la operación. Géraudin rehacía piernas, vientres y caderas. A las personas obesas, les extirpaba la capa de grasa del vientre y de las nalgas; uno, dos, tres kilos de grasa amarillenta, asqueante como el sebo, la manteca de toda una vida de holgazanería y de buenos bistecs. A las mal formadas le reformaba las pantorrillas; cortaba la piel de la pierna, arrancaba con arte consumado una rodaja de carne y volvía coser. Debajo de los ojos o en la frente hacía desaparecer las bolsas, suprimía las arrugas, desmochaba la piel sobrante y se arreglaba para que la cicatriz recayera en el arco de las pestañas o en el nacimiento del pelo. La ablación de la doble barbilla era para él cosa de juego. La imperceptible huella del bisturí se esfumaba en el pliegue del cuello. Así que «remontadas», tensas, las mujeres gozaban durante algunos años de una efímera primavera. Luego acudían nuevamente a la clínica. Algunos estudiantes guasones aseguraban que algunas de esas mujeres, a fuerza de hacerse «remontar» la piel, acababan por tener pelo en el pecho, como los descargadores del muelle. Tales trabajos exigían una prodigiosa finura de mano para que las cicatrices pasaran inadvertidas. Pero Géraudin sabía dar quinientos puntos de aguja en un sello de correos y bordar en un papel de fumar sin perforar éste con un solo de los más celosos y de los más envidiosos. Géraudin era cirujano nato. Interventía magníficamente, con una rapidez, una precisión y una exactitud en el movimiento que ninguno de sus rivales pretendía igualar. Su sangre fría y su decisión incomparables habían cien veces salvado la vida a sus pacientes. Ante un vientre abierto que dejaba al descubierto desastres insospechados, tomaba en diez segundos una decisión, y escogía entre una ablación y un pliegue, una sutura lateral y una termino-terminal. Mas en lo que maravillaba a sus discípulos era en los accidentes brutales — hemorragia, síncope— que sobrevienen de improviso, como un trueno, en el proceso ritual y silencioso de la operación, originando una desorientación y a veces un trastorno en medio de aquella laboriosa armonía minuciosamente dispuesta. En aquellos momentos la serenidad de Géraudin sobrecogía. Ante el vientre abierto, sin prisas, sin nerviosismos, en medio de un chorro encarnado, de una sangrienta y trágica marea, sabía buscar la arteria rota y canalizar la hemorragia. —Señora Claim, las pinzas... Adrenalina... Aceite alcanforado... —pedía en un tono uniforme, apacible, que imponía a todos el orden y la sangre fría. Había sido uno de aquellos a quienes la cirugía debe el masaje directo al corazón. No concedía ya importancia a esas intervenciones, siempre dramáticas y sobrecogedoras para cuantos la presenciaban. Cuando el intervenido sufría un síncope grave, cuando la respiración artificial y la inyección de adrenalina en el miocardio, y la aurícula derecha o uno de los ventrículos no denunciaban las palpitations del órgano inactivo, Géraudin había sido uno de los primeros en atreverse a intervenir deliberadamente al ser confiado a él, ya cadáver, para llegar al corazón. Y practicaba la operación, no por el abdomen y el diafragma, como suelen hacerlos los cirujanos temerosos de protestas y de acciones judiciales, sino directamente, abriendo el pecho, seccionando el esternón a la altura del tercero y cuarto cartílagos costales y practicando una amplia brecha, suficiente para ver con claridad e introducir la mano. A través de esta abertura Géraudin agarraba firmemente el corazón, o amasaba, lo sobaba, y comprimía las cavidades para hacer fluir de nuevo la sangre y practicar una circulación artificial. De pronto, en el fondo de aquel pecho, la viscera aún caliente, el motor de una vida humana, respondía sobre la palma de la mano con un estremecimiento, una contracción y una súbita pulsación. Y Géraudin, una vez más, había resucitado a un muerto. En algunos casos, el corazón había vuelto a latir, y el cuerpo, sin recobrar el alma, había vivido todavía tres a cuatro días más. Pero el cerebro había quedado inerte. La resurrección sólo había sido parcial. El salir de la clínica el cirujano subió al coche contento. Todos los enfermos mejoraban, incluso la señora Boissy, la mujer del tejero. La laga se cerraba y la cicatriz, en forma de cuerno de luna, exactamente debajo del pecho, coincidía perfectamente con la curva de éste y apenas era visible. Dentro de poco la señora Boissy exhibiría en Jean-les-Pines un pecho de adolescente. Y la fama de Géraudin se iba extendiendo. Esas cosas acababan siempre por saberse y no existe ninguna discreción profesional que defienda un secreto contra la envidia de las rivales. En suma, un excelente reclamo para Géraudin. Al menos no se diría que iba de capa caída. Esta era la gran preocupación de Géraudin: no perder categoría, no envejecer. Sobre todo desde que había pasado de los sesenta. Se observaba constantemente, se estudiaba, se controlaba, calculaba como un campeón de los cien metros, el tiempo que empleaba en una intervención, pasaba de la desolación a la alegría según hubiera triunfado o fracasado, y acababa siempre por afirmar en presencia de cuantos le rodeaban: —No, no pierdo facultades. Continúo siendo el gran maestro. Mi mano conserva el vigor de los veinte años. Sentado al lado de Louis, bajó instintivamente los ojos, se miró la mano, la movió, la abrió, la cerró y se sintió satisfecho al contemplar aquella mano fina, nerviosa, una verdadera mano de artista, vigorosa y precisa, capaz de esfuerzos o tracciones hercúleas o de tactos infinitamente delicados. Una mano tan íntimamente familiarizada con el contacto, las sensaciones y los sufrimientos de la carne, que cuando levantaba una matriz o se posaba en un miembro fracturado adquiría la intuición y la sensibilidad de la carne herida, como si, lúcida e inteligente, sintiera ella misma la reacción y el dolor. En sus dedos tiernos y duros, flexibles y fuertes, el bisturí iba trocándose sucesivamente en aguja, buril, arco, cuchillo de cocina, herramienta de carnicero o de

orfèbre. La maestría de Géraudin despertaba en torno de él el respeto y la admiración. Seguía siendo el virtuoso rodeado de una banda de celosos rivales a quienes dominaba. Sabía que alguno de ellos le espiaban, observaban sus manos, esperaban y acechaban el menor desfallecimiento, la menor señal de fatiga. Esperanza siempre defraudada, botín siempre aplazado para el día siguiente. Más, no obstante, unos y otros se decían al oído que había pasado de los sesenta. Internos y amigos comenzaban a observarlo, a estudiarlo y a escrutarlo, cuando operaba, con el ojo despiadado de los médicos. Géraudin sentía sobre sí el dardo de aquellas miradas atentas a un posible desfallecimiento y se mofaba interiormente de ellas, seguro de sí mismo, de su fuerza, con la conciencia de seguir siendo lúcido, vigoroso, preciso y rápido. La propia lucha le sobreexcitaba, impeliéndole a proezas y temeridades que en otro caso no se hubiera atrevido a acometer. Daba miedo. A su alrededor, sus ayudantes estaban siempre con las manos crispadas y el ánimo en suspenso. Y la soltura con que después del último golpe de bisturí levantaba y hacía deslizar a la cubeta la masa de una matriz, arrancaba a los más biliosos la explosión de entusiasmo que saludaba al maestro. Más de una vez, cuando la sesión se había prolongado demasiado, sentía una especie de escozor en las vértebras de la nuca, una ligera fatiga; en suma, nada importante. Por eso Géraudin, rodeado de un pequeño grupo de «jóvenes» ávidos de despojos, vigilado por algunos de los cirujanos que él formaba de año en año y que se convertían más tarde en competidores y enemigos suyos, se mostraba, a medida que iba envejeciendo, cada vez más absoluto y celoso de su autoridad y de su prestigio. Su taciturna inquietud y el miedo de verse un día sobrepasado por un joven hacían el vacío en torno de él. De resultas, abrumaba a los demás con la misma injusticia de que antaño había sido víctima. A este respecto, algo detestable ocurre en la organización de nuestras Facultades de Medicina que así condenan al maestro a ver en sus discípulos a un futuro competidor. El jefe de la clínica de Géraudin no tenía derecho a operar en la ciudad. Por tanto, sólo los hijos de los ricos contaban con medios para esperar, y al cabo, quedarse. A los treinta y cinco años, Flégier, su actual jefe de clínica, no había visitado todavía a ningún cliente en la ciudad y ganaba doscientos cincuenta francos semanales. Y como operaba demasiado bien jamás practicaba ninguna intervención importante delante de los estudiantes. Operaba solo, lejos de todos, en la clínica de Géraudin. En el hospital no hacía más que curas. Sólo bastaba que más tarde, cuando fueran médicos los estudiantes se acordaran del talento de Flégier y le enviaran a sus enfermos para el caso de intervención. Todo esto, y, por añadidura, el carácter de Valérie, su mujer, había que Géraudin no fuera un hombre feliz. Ya por la mañana, como de costumbre, Valérie Géraudin martirizaba a la servidumbre y trastornaba la casa. Primeramente había pensado en ir a la clínica de su marido para pedir dinero a la señora Claim, la jefa de las enfermeras y su enemiga personal. Pero el señor había tomado a Louis y el «Panhard». ¡Cuando Valérie había dado a Louis la orden de limpiar los cristales del salón! También quería ir a confesarse inmediatamente después del almuerzo, antes de salir para La Baule. Y como el señor había utilizado el coche toda la mañana, seguramente Louis lo engrasaría al volver. Por tanto, ni confesión ni cristales limpios. Para colmo de desdichas, a las diez de la mañana, la servidumbre, aturdida por las órdenes contradictorias y las afrentas recibidas, se enteró de que la señora estaba pasando el período. Esta había lanzado su ropa interior a la cabeza de la doncella y le había comedido, estando en casa, una crisis de nervios. No hubo entonces más que una esperanza y un deseo: que llegar la hora de la liberación, la salida para La Baule. Valérie Géraudin era la hija menor del ex decano Largilier. La mayor, Jeanne, deforme, con el pie contrahecho, muy fea, había acabado por encontrar un pretendiente. Lepoignard, médico militar de escaso porvenir, a quien no tardó Largilier en nombrar jefe de laboratorio. Jeanne murió dos años después. Lepoignard abandonó la ciudad, se estableció en otra parte y sólo conservó de sus funciones el nombramiento y los honorarios, que le eran mandado por correo. Ni siquiera sabía adónde habían trasladado su laboratorio. Habiendo alcanzado el límite de edad percibiría el retiro a partir del año próximo. Valérie, la menor, no tan mal parecida, no fue mucho más afortunada en su matrimonio. Las taras físicas de la hermana mayor alejaban también a los pretendientes de la menor. Se hablaba de degeneración congénita. Géraudin se dio cuenta de ello y vaciló. Valérie, bastante agraciada, tenía un carácter un poco intemperante. Por otra parte, a Géraudin le venía cuesta arriba dar por terminadas unas relaciones que mantenía desde hacía mucho tiempo. En el fondo, aquel sanguíneo era un sentimental. Pero se decidió a instancias de su madre, quien soñaba desde su pueblecito con la prosperidad de su hijo. Hubiera querido verle triunfar mediante aquel fastuoso matrimonio. La dote de Valérie se cifraba en dos millones. Géraudin se sintió tentado en su ambición y se casó con Valérie Largilier, quien, a la muerte de su hermana mayor Jeanne, fue única heredera de su padre. El día de la boda de Géraudin, la mujer que había abandonado se presentó con su hijo al pie de la escalinata del Ayuntamiento. Se produjo un pequeño escándalo. Largilier era hombre acaudalado. Había fundado un laboratorio para explotar comercialmente sus descubrimientos en endocrinología. Este asunto había alcanzado una importancia enorme. Y a la muerte de Largilier, Géraudin, o, mejor dicho, su mujer —pues el contrato de matrimonio había sido bien elaborado— heredó un buen paquete de acciones de los laboratorios «Dynam». Cuando Géraudin llegó a su casa, su mujer se encontraba en sus

habitaciones y nadie se atrevía a subir a hablarle. Comenzaron todos a discutir; Géraudin, La doncella, Louis, la cocinera y otra sirvienta. Decidióse por último a enviar a Louis como parlamentario. Louis subió al cuarto de la señora. Entre ésta y el chofer se originó una larga disputa que los otros escuchaban desde abajo. La señora lloró, mostró a Louis la bilis que había vomitado en el vaso de noche, habló de su resfriado y de su próxima muerte, acusó al señor, a la doncella y a la señora Claim, la jefa de las enfermeras, y rompió de nuevo a llorar. Louis le recordó que habían de partir para La Baule a las cinco y que era ya hora de prepararse; ayudó a la señora a apretarse la faja que llevaba para aliviar una imaginaria ptosis de estómago, hinchó el balón, refunfuñó porque la señora perdía el tiempo, se chancó abiertamente de su malestar y habló de su propia mujer, operada desde hacía seis semanas y que teniendo que dar de comer a tres chiquillos trabajaba de lavandera para todos los vecinos. Finalmente, bajó Valérie canturreando una romanza, y en pos de ella Louis encogiéndose de hombros. La señora, cuidó su gastritis ingiriendo un tazón de chocolate con leche, media barra de pan de alajú y una libra de fruta confitada, digiriéndolo todo sin dificultad. A las cinco se partió hacia La Baule, Géraudin en el fondo de «Panhard» y la señora delante, al lado de Louis, porque tenía que el traqueteo del coche dañara su estómago. Louis iba a gran velocidad, lo que era del agrado de Valérie. De cuando en cuando Géraudin recibía una maleta en la cabeza o en las rodillas. Y entonces gritaba: —¡Pare, Louis! —¡No se detenga, Louis! —decía Valérie. Tras un instante de vacilación, Louis obedecía a la señora y continuaba marchando a toda velocidad. Géraudin soltaba un gruñido, apilaba las maletas lo mejor que podía y guardaba silencio hasta el próximo bache. A través de la portezuela, Kiki, el pekinés de Valérie, ladraba injurias y desafíos a cuantos caminantes de dos y cuatro patas divisaba en el horizonte. Una vez al mes por lo menos, efectuaban los Géraudin este mismo viaje de Angers a La Baule donde poseían, en medio de un bosque de pinos de diez hectáreas, una espaciosa quinta de recreo, donde miss Dorothy, la enfermera, con ayuda de la sirvienta y el jardinero, cuidaban del hijo de los Géraudin. La herencia de Valérie era onerosa. Su madre, cuyo padre era alcohólico, descendiente de una familia de grandes burgueses que habían dilapidado su salud con el exceso de comida, era una enferma «mental». Murió en una de esas casas de salud de un singular parecido a los asilos de alienados. Y Jeanne, la hermana mayor de Valérie, que había nacido con el pie contrahecho, llevaba visible la marca de aquella tara congénita. Sólo se notaba en Valérie una cierta inestabilidad de carácter. Pero Henri, el único hijo de Géraudin, era idiota. Y se le mantenía, oculto, educándole en secreto en La Baule. Llegaron ya entrada la noche. Henri estaba instalado en su cuarto, sentado en un cochecito, frente a un gran fuego de leños. Enfundado en una larga blusa negra, con un blanquísimo babero de encaje, el idiota, que iba a cumplir veinticuatro años, agitaba sus manos flácidas, ladeaba la cabeza y reía de algo invisible. Tenía ya un bigote crecido. Estaba sujeto al respaldo de su asiento de ruedas con una sólida correa de cuero. Junto a la ventana, miss Dorothy, una nurse inglesa de unos treinta y cinco años, vestida de azul pálido y de blanco, confeccionaba un jersey de lana y vigilaba de lejos a la extraña criatura. Hacía diez años que estaba al servicio de los Géraudin. Valérie besó rápidamente a su hijo, puso en sus brazos el paquete de juguetes que había traído para él y salió de la estancia. Su hijo le daba miedo y prefería no verlo. En presencia de aquel miserable monstruo, fruto de sus entrañas, le invadía a veces un sentimiento de piedad y de ternura y experimentaba un gran trastorno de toda su maternidad ya extinta, la súbita explosión de un instinto que la horrorizaba. Sentía confusamente que había en ello una fuerza, una fuerza, un poder capaz de perturbarlo todo, de transfigurar su vida entera si dejaba apoderarse de ella la abnegación y el amor hacia aquel demente. Pero tenía miedo, como se tiene miedo con frecuencia de la persona que le salvaría a uno. Y huía, se iba a los jardines, a las habitaciones o al casino a jugarse veinticinco mil francos si era la temporada de juego, o a casa de miss Jennington si el casino estaba cerrado. Esto es lo que hizo una vez más aquella noche después de cenar a solas con Géraudin en el rústico comedor, completamente cerrado a causa del frío, desde donde se oía afuera el silbido del viento marino a través de los pinos. Géraudin, mientras comía sin apetito un lenguado rociado con vino blanco, leía el *Paris-Soir* apoyado contra la botella de borgoña. Valérie tenía Kiki sobre las rodillas y lo alimentaba con pequeños bocados de pescado cuidadosamente escogidos. Inmediatamente después del café, Valérie mandó llamar a Louis y con Kiki debajo del brazo se hizo conducir a casa de los Jenninson. Habitaban la quinta vecina, sita a un kilómetro de distancia, una vieja inglesa, miss Olivia Jenninson y sus dos hermanas Adélaide y Emily. Las cuatro mujeres, jugadoras apasionadas, jugaban al bridge hasta medianoche y luego al póquer. Cuando Valérie se hubo marchado, Géraudin subió al cuarto de su hijo. Henry, delante del fuego, sujeto en su silla de ruedas, jadeaba la cabeza y tartajeaba, mientras miss Dorothy, que acababa de darle a cucharadas una sopa de avena, le limpiaba la barbilla y la boca. Géraudin la interrogó sobre la salud del desgraciado, examinó a su hijo y se preocupó de sus digestiones y de su sueño. Le hizo abrir a la fuerza las mandíbulas para examinar sus amígdalas, demasiado grandes que tendría que intervenir un día u otro. Le puso chocolatinas en la boca. El idiota profería gritos convulsivos y accionaba estúpidamente con las dos manos, como si quisiera asir el vacío, enloquecido por el olor de la comida pero incapaz

de cogerla y de llevársela por sí mismo a la boca. Una vez saciado, se tranquilizó. Nuevamente recobró su mirar errabundo, con la cabeza colgando, riendo como un zote y persiguiendo Dios sabe qué horribles ensueños, tal vez recuerdos de su vida uterina. Miss Dorothy había ido abajo. Sentado al lado de su hijo, Géraudin le limpiaba de vez en cuando la barbilla. Pensaba en el otro, en el hijo de su amante, también un muchacho. Debía contar ahora veintisiete años. ¿Dónde se hallaba? Era un hombrecito inteligente. Géraudin recordaba cómo su hijo, siendo niño, le besaba por la noche cuando, habiendo enfermado del garrotillo, le cuidaba él personalmente. Se imaginaba sentir aún sobre su rostro el suave roce de sus manecitas deslizándose como una caricia. El idiota profirió un grito salvaje. Géraudin se estremeció y volvió a la realidad. En torno a Henri, la alfombra aparecía sembrada de juguetes inútiles. Desde hacía más de veinte años, Valérie llevaba cada mes juguetes por valor de centenares de francos a su hijo, quien apenas los retenía un segundo entre sus manos. Géraudin recogió un conejito con ruedas, un rompecabezas y una flauta de celuloide y lo envolvió todo en un periódico. El conejito de ruedas sería para el pequeño Charles, uno de sus enfermos: anemia perniciosa, tres transfusiones. Géraudin evocó aquel rostro pálido y afilado, aquellos ojos negros y voluntariosos, aquella mirada lúcida y tierna. Decididamente, cuando uno envejece no puede permitirse pensar en algo porque todo causa un gran daño. Géraudin bajó con el paquete de juguetes. En la escalera se oía soplar con fuerza el viento norte. Afuera, la ramas de los pinos arañaban los cristales de las ventanas. Al llegar al vestíbulo, Géraudin levantó silenciosamente la tapa de la banqueta gótica que formaba una profunda arca. Era su escondrijo habitual. Allí depositó el botín, luego se trasladó al comedor, tomó del aparador la botella de borgoña ya empezada y la caja de cigarros e hizo funcionar la radio.

CAPÍTULO Noveno.

La primera vez que encontró al profesor Doutreval en la Facultad, después de los funerales de Suraisne, Ludovic Vallorge fue a estrecharle la mano y le interrogó sobre sus trabajos. Jean Doutreval, neurólogo, estaba acabando de estudiar un procedimiento suyo para la curación de una cierta clase de demencia hasta entonces incurable, llamada esquizofrenia. Vallorge se interesó vivamente por sus explicaciones. Y Doutreval, dando muestras de contento, le invitó a asistir a una de sus próximas experiencias. —Venga usted a verme en el asilo de Saint-Clément el lunes próximo, por ejemplo —propuso— verá usted algo interesante. Vallorge le dio las gracias y se interesó por Michel, el hijo de Doutreval, por su hija Fabienne y también por Mariette... y los dos médicos se separaron mutuamente encantados. Al siguiente lunes, a las cuatro de la tarde, Ludovic Vallorge atravesaba en coche el pueblecito de Saint-Clément-de-la-Place, quince kilómetros al norte de Angers, y penetraba en el espacioso patio del asilo de alienados. Al mismo tiempo que su coche, se detuvo una ambulancia frente a la puerta de entrada de las oficinas. Apeóse un hombre menudo y regordete. Por sus enormes gafas, Vallorge reconoció a Tillery; Detrás de él descendió Groix «El Carrrajada». Y entre los dos sacaron del vehículo a un hombre alto, de anchas espaldas, un bruto de nariz escarlata con las muñecas atadas. A cada momento, levantaba con ademán violento los puños y se asestaba a sí mismo un golpe formidable en la nariz. Vallorge se acercó al grupo. —Buenos días —dijo—. ¿De qué se trata? —De un loco —respondió Groix—. Así lo hemos traído desde Seine-et-Marne ¿se da usted cuenta? Y diciendo esto se quitó el sombrero de fieltro, se pasó la mano por los rubios cabellos y se aplicó el pañuelo en la cara enorme y risueña, donde la cicatriz del corte dibujaba en la mejilla un profundo trazo vertical. —¿Por qué se aporrea de ese modo? —preguntó Vallorge. —Nadie lo sabe. Cosas suyas. Hace esto desde joven. ¡Fíjese qué nariz tiene! —Había que verle en la estación —dijo Tillery— ¡Y en el tren! Viajábamos con dos señoras ya ancianas. Apenas entramos en el compartimiento el tipo se puso a mear. Presa de angustia, yo me decía: «Mientras no haga más que mearse menos mal.» —¡Fue una cosa de espanto —dijo Groix—, se le hizo tomar bismuto antes de partir. —¿Bismuto? —Cuatro paquetes. Los guardianes me lo juraron por la salud de su madre. Ha cogido un resfriado que le durará una semana. Tillery respiró. —¿Por qué no lo decías antes, animal? —Y en París, ¿qué ocurrió? —preguntó Vallorge. —¡Un éxito! En la estación nos rodearon más de mil personas. Hemos desayunado en casa de un tabernero. El establecimiento estaba atestado. El pobre diablo, que sujetaba un «croissant» con los puños, no acertaba a encontrarse la boca y se propinaba en la nariz unos puñetazos tan tremendos que hubieran derribado a un buey. He tenido que darle de comer a bocadillos. En fin, hemos llegado y esto es lo esencial. Vamos, Groix, ayúdame. Ven, cariñito mío. Y entre los dos se llevaron sin dificultad al bruto. Vallorge entró en el despacho y a poco hizo lo mismo Doutreval. Doutreval era un hombre de aventajada estatura y tez biliosa. Su traje claro, con el que contrastaba una corbata de color granate, era de un corte impecable. Cojeaba ligeramente de la pierna izquierda aunque procuraba disimularlo. —Es usted puntual —dijo—. Perfectamente. Venga usted conmigo. Salieron del despacho, pasaron juntos el parque, y, para acortar el camino, atravesaron los pabellones de las mujeres. Clamorosas explosiones acogían su paso. En las largas salas con una doble hilera de camas, las locas, acostadas o sentadas y a veces de pie sobre el colchón, rugían, vociferaban, cantaban, aullaban, levantaban el puño a Vallorge y le dirigían injurias y amenazas. otras, con la boca desmesuradamente abierta, reían estrepitosa o interminablemente y explicaban al vacío largas e hilarantes historias que les hacían nuevamente

desternillarse de risa, mientras que una vecina, tendida e inmóvil, con la mirada perdida, pavorosamente solitaria y extraña a todo, perseguía en aquel infierno un sueño inacabable e incoherente. Al salir de una de aquellas salas, Tillery y Groix se reunieron con Doutreval. Seguía un pasillo al que daban puertas provistas de ventanales enrejados. Acuciado por la curiosidad, Vallorge echó una breve ojeada al interior de una de las ventanillas. Un centenar de mujeres, con los cabellos desgreñados, de hosco semblante, unas riendo y otras llorando, movían los brazos e interpelaban a fantasmas. Al darse cuenta de la presencia de Vallorge, se precipitaron hacia el ventanillo como bestias salvajes. Una vieja de cabellos grises, colgantes y retorcidos como serpientes, se agarró a los barrotes de hierro y los mordió. Vallorge, un poco pálido, retrocedió precipitadamente. En aquel momento, Doutreval sacó la llave y abrió la puerta. Los cuatro atravesaron toda la sala. Doutreval se dirigió directamente hacia las más temibles. Hubiese dicho que se trataba de un domador. De vez en vez una demente se acercaba cautelosamente por detrás. Doutreval se volvía y le hacía frente, y entonces aquélla se detenía en el acto. —¡Gorrino! ¡Gorrino! —gritaba de lejos una anciana a Vallorge. —Yo no estoy loca y le demandaré en justicia. Y me dejarán salir —gritaba otra con el rostro encendido y los ojos desorbitados, al rostro de Doutreval, que la apartaba de su lado con un ademán firme y tranquilo. Y detrás de los cuatro médicos, una mujer joven, de cabellos rubios y continente apacible, seguía en pos de Vallorge suplicándole en voz baja y gimoteando silenciosamente: —Señor doctor... Señor doctor... Fue preciso apartarla rudamente para poder salir de la sala por la puerta del fondo. Cuando estuvieron fuera, Vallorge respiró. —¡Hay que estar acostumbrado! —dijo. Doutreval sonrió. —¡Bah! El único peligro reside en la negligencia de un guardián. —¿Y esto ocurre a menudo? —Fíjese en el corte de Groix. Groix, sonriendo, mostró la rojiza cicatriz de la mejilla. —Un botellazo que me estaba destinado —explicó Doutreval—. Groix se interpuso y encajó el proyectil. —Con ello perdí el ochenta por ciento de mis sex appeal —añadió Groix—. Desde entonces sólo me dejo fotografiar de perfil. —Para ocultar un arma —prosiguió sonriendo Doutreval, dando una palmadita en los hombros a su ayudante— un loco da muestra de una singular inteligencia. El pasado año había uno que se pasó seis meses recogiendo pequeños guijarros en el patio. Se le dejaba hacer porque nada malo se veía en ello... pues bien, amigo el loco iba metiendo los guijarros en un viejo calcetín para hacer con ello una cachiporra destinada a mí. ¿Lo recuerda usted, Groix? —Ya lo creo, señor. ¡Vaya con la media de lana! Los economistas tienen razón: el guardar los ahorros en una media es un peligro social. —Por otra parte, todos los años dos o tres alienistas franceses mueren a manos de sus enfermos. ¡Bah! de todos modos, de una cosa u otra hay que morir. ¿Ha traído usted al loco, Groix? —Acabo de traerlo. —Está ya «guillado» —dijo Tillery. —Ya lo veremos al pasar... Esto le interesará a Vallorge. Los «guillados» ocupaban una espaciosa sala, abarrotada de camas en la planta baja de un pabellón aislado. Al pie de la primera cama dos guardianes acababan de entregar un traje de basta tela al desgraciado que habían traído Tillery y Groix. Sentado con indiferencia sobre el colchón, el hombre trataba de cuando en cuando, con las manos atadas, de asestarse un puñetazo en la cara. Doutreval se detuvo ante él y le miró un instante. —Padre alcohólico —dijo Tillery—. Está inscrito en su ficha. —Evidentemente. Le hará usted una Wasserman, Groix. Más lejos, un negro gigantesco, de pie al lado de la cama, completamente desnudo —un magnífico modelo de especie humana, hermoso como una estatua de bronce bruñida, con los músculos pectorales y abdominales armónicamente salientes—, miraba vagamente a su alrededor mientras un enfermero le sacudía los hombros y retiraba el cobertor hasta el pie de la cama. Sobre la sábana humeaban los excrementos. —Sífilis —dijo Groix. —¡Un tipo soberbio! —exclamó Doutreval—. Qué lástima, ¿verdad? —¿No podemos hacer nada por él? —preguntó Vallorge. —Nada. Es un arsenorresistente. Y la malarioterapia no ha dado resultado. Llegará hasta la chochez total. Ya ve usted que no puede retener sus deposiciones. ¡Pobre inteligencia humana! ¡Cuando uno piensa que esto ha sido el destino de un Maupassant! ¡De un Nietzsche, su última carta aún lúcida, a su madre! «¡Estoy loco, madre!» el genio se dio cuenta de su ruina. ¡Ese grito horrible del hombre que se sabe loco! ¿De dónde ha venido éste? —preguntó Vallorge, señalando al hercúleo negro. —No se sabe. Un naufragio de la guerra, sin embargo, hay una persona que se interesa por él. Una mujer. Sí, una mujer que le ha amado. De cuando en cuando escribe preguntándome por él. ¡Qué curioso...! Como si aún pudiera comprender, el bruto miraba a Vallorge con sus negros ojazos. En las otras camas, unos tres seres inertes miraban pasar a los médicos. En un rincón, uno de ellos gemía y gritaba lamentablemente, dirigiéndose al guardián: —Madre... madre. No decía más. Sólo guardaba el recuerdo de su infancia, rememoraba a un ser que lo había amado y a quien llamaba continuamente. Otro, sentado en una mesa, introducía la mano roída por un panadizo en una jofaina de agua hirviente. Vallorge echó una ojeada a la llaga y contuvo una exclamación. Se veía el hueso. Sereno, distante, insensible, el hombre bañaba su mano como si fuera otro el que sufriera. Más lejos, había una cama circundada de tablas de madera. Como una especie de caja. Y en el interior de ella, pudriéndose en sus propios excrementos, vegetaba un monstruo, un cuerpo humano desnudo y desmirriado, con un vientre enorme, de miembros esqueléticos deformados por innumerables fracturas. Unos largos calcetines cubrían sus pies contrahechos. Y agitaba brazos y

piernas con un horrible balido cabruno. La cabeza era minúscula, sin frente ni cráneo. Parecía terminar en las cejas. En las sienes, los ojos, todavía inacabados y espantosamente separados, semejaban dos globitos de loza, dos bolas azuladas, sin iris ni pupila. Del interior de la caja se desprendía un olor a estiércol. Una mosca que se había posado en el mismo globo del ojo se nutría de aquel ser sin que éste entornara los párpados. —Es Paul Merchant —dijo Tillery—. Sífilis y alcoholismo hereditarios. —Es curioso —dijo Vallorge— que un ser semejante pueda tener un nombre. Doutreval llamó a un enfermero para que cambiara la ropa de la cama. —No podemos hacerlo muy a menudo —explicó a Vallorge—. Sus huesos se rompen como leños secos. De cuando en cuando se le encuentra con una pierna o un brazo roto formando ángulo recto. Los remendamos como podemos. No se da cuenta de nada. Sólo se interesa por una cosa: masturbarse sin parar... aún es capaz de hacerlo, sin duda por casualidad... Pasen por aquí. Hemos llegado. Aquí está la enfermería. Entraron en un pabellón más coquetón, más limpio, a la puerta del cual les acogió con efusión el ayudante de Doutreval, Regnault, un muchacho de ensortijados cabellos castaños, frente despejada y ojos inteligentes. —¿Está listo? —Está listo —replicó Regnault. Doutreval pasó a un despacho y tomó un carnet de apuntes y un lápiz. —La experiencia es curiosa —dijo a Vallorge—. Quizá no desconoce usted mis primeros trabajos sobre este tema. Basándome en los estudios de sabios como Meduna, Sakel y Nyiro, hace años que persigo la curación de ciertos casos de locura clasificados bajo el nombre de esquizofrenia... ¿Por qué precisamente estos casos? Porque la esquizofrenia es contraria y en cierto modo opuesta a la epilepsia. De ahí la idea de provocar en estos locos una crisis de epilepsia, artificial para hacerles recobrar la razón. De ahí también el nombre de «convulsoterapia» dado a nuestro método. —¿Y cómo provocar esta crisis artificial? —No faltan medios —dijo Doutreval. Detúvose un instante para descolgar de un perchero una blusa blanca. Se la puso y dio otra a Vallorge. —Algunos han empleado para las inyecciones —continuó diciendo— una solución de alcanfor. Personalmente, yo abandoné en seguida al alcanfor para echar mano de productos más energéticos. Actualmente empleo un derivado muy complejo de metilo, cuya síntesis se debe a un químico alemán. He comenzado a aplicar mis ensayos en conejos, perros y gatos y he logrado unas epilepsias magníficas... Después de buscar en un fichero, exhibió unas fotografías de gatos convulsos y agarrotados después de horribles espasmos. —Ya los ve usted. Por fin me he atrevido a llegar hasta el hombre. He alcanzado mi cuatrocientas cincuenta experiencias humanas. —¿Con qué resultados? —Si no se tratara de mí les diría que son extraordinarios. Ya verán ustedes mis estadísticas. Sobre cuatrocientos cincuenta casos he logrado mejoras en doscientos siete. O sea un cuarenta y siete por ciento de éxitos. ¡Y eso tratándose de una enfermedad considerada incurable! —¿Es magnífico! —dijo Vallorge—. ¿Y obtiene usted realmente una epilepsia experimental a voluntad? ¿Cómo es esto? —Va usted a verlo ahora mismo. Venga conmigo. A través de un pasillo siguió a Doutreval hasta una sala bastante espaciosa, desierta, con una cama en el centro y en un rincón una mesa llena de frascos. Allí esperaban Regnault, Tillery, Groix y un enfermero, todos enfundados en batas blancas. Tendida en la cama había una forma enjuta y desnuda, el cuerpo de un hombre extremadamente flaco. Veía acercarse a Vallorge y Doutreval sin decir nada. Al respirar se levantaban sus descarnadas costillas y se dibujaban en su cóncavo vientre unos hoyos profundos. En aquella armazón descarnada, de piel marmórea, el pubis no era más que una bolsa negra y velluda. Aparentaba unos cuarenta años. Llevaba barba de varios días. Y tenía unos ojos ansiosos que parecían enormes. —¿Listos? —preguntó Doutreval. —¡Listos! —dijo Regnault. Doutreval avanzó hacia la mesita, tomó una jeringa y la introdujo en el agua que hervía en un hornillo de gas. Destapó un frasco y llenó la jeringa. Doutreval se acercó a la cama. A su alrededor, los ayudantes estaban preparados. —¿Subcutánea? —preguntó Vallorge. —No. Intravenosa. Una inyección subcutánea exigiría una dosis triple. Diga Regnault, ¿ha hecho la untura? —¿Qué untura? —preguntó Vallorge. —Una mezcla de alcohol, aceite de ricino y yodo por todo el cuerpo. Luego se lo espolvorea con almidón. —¿Por qué? —para que se manifieste la menor señal de sudor. En cuanto aparece en cualquier parte del cuerpo una simple transpiración la piel cobra inmediatamente un marcado tono violeta. Una sencilla reacción química. —Muy ingenioso —dijo Vallorge. —En efecto. Ha sido obra de Groix. Tomó el brazo izquierdo del enfermo. —Veamos... —Aquí, señor —dijo Regnault mostrando en el brazo del enfermo una mancha de tintura de yodo—. He señalado una hermosa vena. Con la mano derecha agarrotaba ligeramente el brazo para que se destacara la vena. Doutreval la cogió entre los dedos pulgar e índice de la mano derecha, introduciendo oblicuamente la aguja, la enfiló en la vena y presionó suavemente el pistón. La jeringa se fue vaciando lentamente. Inclínados sobre la cama acechaban los seis hombres vestidos de blanco. Transcurrieron algunos segundos. De pronto, el paciente dijo con voz ronca: —¡Esto apesta! Aspiró dos o tres veces. Dibujóse en su rostro una expresión de malestar, de inquietud y de angustia, y temblaron sus párpados. Sus facciones se crisparon. Y bruscamente rugió: —¡Ay! ¡Me hacen daño! ¡Me hacen daño! El rostro del enfermo se estremeció en una convulsión. Los ojos rodaron en las órbitas hasta blanquear abominablemente. Una contracción terrible levantó todo el cuerpo casi en semicírculo, hasta el punto de que el hombre sólo tocaba la sábana con la cabeza y los pies. Luego una espantosa convulsión inversa lo abatió

sobre el colchón como una bestia mortalmente herida, con los brazos y las piernas replegados y aplastando tan fuertemente la barbilla contra el pecho que se oyeron castañetear los dientes. Un poco pálido, Vallorge retrocedió. —Fíjese, fíjese —decía Doutreval a Regnoul— observe los detalles. El mismo tomaba rápidamente unos apuntes en su carné sin apartar la vista del paciente. El hombre, con la boca desmesuradamente abierta, rugía, echaba espumarajos y sacaba espasmódicamente la lengua, parecida a un pequeño chorro de carne sanguinolenta surgiendo a intervalos regulares del fondo de la garganta. De la nariz le salían unos mocos viscosos y abundantes. Tenía los ojos salientes, horriblemente desorbitados. De pronto, la boca se cerró, dio un chasquido, como un cepo de hierro, y volvió a abrirse con tanta violencia que la mandíbula pareció desprenderse y quedó colgando sobre el pecho. El enfermo levantó despaciosamente brazos y piernas. Los músculos no eran sino bolas y bajo la piel, los tendones parecían cuerdas prestas a saltar. Los dedos de los pies y de las manos se abrían y se crispaban. Un estremecimiento eléctrico, como el que debe de experimentar un electrocutado, agitaba aquella carne. Vallorge miraba con angustia los bíceps de aquel hombre, que no eran más que nudos de carne contraída. De pronto, se produjo un crujido, el ruido seco de un pedazo de madera al quebrarse. Entonces, a la altura de la pantorrilla, la pierna izquierda del hombre se dobló en un ángulo recto. Los músculos de la pierna, demasiado tensos, acababan de romper el hueso. Y casi al mismo tiempo se rompió el hueso del brazo derecho con el mismo crujido de leños que se quiebran. —Esto se termina... —dijo Doutreval, al ver retroceder a Vallorge—. Es el fin... Disminuyeron las contracciones. Amplias manchas violeta, anchos y asquerosos lunares color de mosto, aparecieron aquí y allá, en los brazos, en las ingles, en la frente, en la planta de los pies. —El sudor —observó Doutreval—. Fíjese. Instantáneamente sale a flor de piel la menor transpiración... Un chorro de orina y excrementos apareció debajo del enfermo. Y bruscamente surgió otro de líquido seminal. —Esto se termina. Los esfínteres ceden... —Y no se ha presentado ninguna señal premonitoria —dijo Doutreval con voz tranquila—. Fíjese, Regnoul; Guibrard pretendía lo contrario. Observen bien. Ahora está llorando. Es el fin. Un flujo de lágrimas inundaba el rostro violáceo del desgraciado. Abatido, el hombre se revolvió en medio de sus excrementos, de su sudor, de sus babas. Su brazo fracturado descansaba sobre su pecho, tatuado de manchas vinosas. Y su pierna rota se ladeaba, como la de un muñeco destrozado. Fuertes estremecimientos agitaban aún aquel montón de carne. La mandíbula, descoyuntada, dejaba abierta la boca de la que colgaba una lengua azulada. Los ojos se movían lenta y regularmente, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. —Es el coma —explicó Groix. —Si dejara de respirar, respiración artificial —ordenó Doutreval—. Tillery, la lobelina. Tillery corrió a la mesita a preparar algo. Mas, poco a poco, el enfermo fue saliendo del coma. Respiró profundamente dos o tres veces. Miró a su alrededor con ojos aterrados, y profirió un grito espantoso, hizo un esfuerzo para levantarse y saltar de la cama. Groix le sujetó por los hombros. Sentado en medio de sus deyecciones y dando penosos hipos, el paciente comenzó a vomitar. Sin embargo, Doutreval trataba de arrancar a su carne algunos reflejos, le cosquilleaba la planta de los pies, le apretaba la rodilla y tomaba apuntes. —¿Qué opina usted de esto? —dijo Doutreval acompañando a Vallorge a su coche. —¡Impresionante! —exclamó Vallorge, aplicando a su rostro un poco pálido y abotagado, su pañuelo de batista. —Sí, es terrible. A decir verdad ya nos hemos acostumbrado un poco a esto. —¿Y qué recuerdo guarda el enfermo? —Espantoso. Es casi imposible decidirle a insistir de nuevo si no ha habido una reacción sensible en la primera sesión. —Es un inconveniente... —Cierto. Pero la mejora sobreviene de una manera indudable. Ya se lo he dicho: indiscutible en el cuarenta y cinco por ciento de los casos. —¿Y las fracturas? —Evidentemente, eso es una desventaja. Pero creo que curar a un loco al precio de una pierna o de un brazo fracturado no resulta excesivamente caro. —Exacto —estimó Vallorge—. Por otra parte, la fractura de un hueso largo o una luxación de las mandíbulas no es nunca cosa grave. —De acuerdo. Además, sólo se ha producido fractura en el tres por ciento de los casos. Sin embargo, en una ocasión hubo doble fractura del cuello del fémur. Es fastidioso. Debo decir que procuré atenuar las contracciones musculares. Pensé sobre todo en provocar el coma hiperinsulínico antes de la crisis, con la esperanza de que en un cuerpo sumido de antemano en el coma la acción del medicamento sería menos violenta. Hasta ahora no lo he logrado. Sigo trabajando. En todo caso, los resultados me parecen alentadores, ¿no es verdad? —¡Extraordinariamente! —dijo Vallorge. Doutreval lo acompañó a través del asilo hasta el coche. Por el camino, en los patios y jardines, se cruzaban aquí y allá con un loco errante, hablando solo o bien atareado tranquilamente en cavar la tierra o trabajar en el jardín por cuenta de la administración. Muchos de ellos saludaban sonrientes a Doutreval. Éste abordó a un hombre menudo, de rostro infantil. —Mire, Vallorge, aquí tiene usted a Nénesse, el visionario. ¡Hola, Nénesse! ¿Y tus voces? El hombre levantó el dedo: —¡Hablan! ¡Hablan! —¿Y tu serpiente? Nénesse señaló su estómago. —Continúa estando aquí. Tengo también arañas que me atraviesan la cabeza de una oreja a otra... —¡Ah! —Sí. Pero ahora me las como. Es mejor. —¡Mucho mejor! —asintió Doutreval. Luego Nénesse habló del cordón de Adán y Eva, de la revolución y del cielo. Explicó que por el momento toda su persona iba encogiéndose y quiso exhibir el miembro viril. —No vale la pena —dijo Doutreval—. ¿Y tu

mujer? —¡Ah, es verdad! He recibido una carta. Y diciendo esto sacó un pringoso papel. Doutreval procedió a su lectura en voz alta: «Mi querido esposo: »Tu última carta nos ha hecho sufrir mucho, pero no hemos comprendido todo lo que nos dices. Nosotros vamos tirando. Nuestro hijo León comenzará pronto a trabajar y así todo irá mejor. Esperamos que sigas mejorando y que este invierno estés ya entre nosotros... » El desgraciado les miraba sonriente. —Sífilis —dijo Doutreval alejándose con Vallorge—. Dentro de un año llegará a la chochez total. Y éste también, este condecorado que se acerca a nosotros. Un anciano, correctamente vestido, con una cinta en el ojal de la americana, salió a su encuentro. —¡Señor doctor! —¿Qué tal se encuentra usted? —dijo Doutreval. —¡Muy bien! No comprendo por qué me retienen aquí contra mi voluntad. —¿Por qué se niega usted a comer? —Esto es asunto mío. Y, además, me han hecho ustedes ingerir no sé qué inmundicia... Aún me dan náuseas. Doutreval rió. Y explicó a Vallorge: —Treinta gramos de aceite de ricino. Cuando hacen la huelga de hambre les paso esto por las narices; es una cosa inofensiva y les quita las ganas de reincidir. —Y todavía sin noticias de mi hija —prosiguió el hombre. —Yo sí las he tenido. Me ha escrito. —No me he enterado de nada. Y en todo caso una cosa es segura que no volveré a verla. Doutreval dejó al hombre y prosiguió su camino acompañado de Vallorge. —¿Tiene una hija? —preguntó este último. —Sí, casada. No ha podido vivir con ella porque a veces tiene malos instintos. —¿Volverá a verla algún día? —Tal vez. Cuando ya sea un memo y no exista ningún peligro. Pero él no lo sabrá. Y, además, ¿lo querría ella todavía? Un anciano que hace sus necesidades en la cama, que babea, que. En general, los hijos no se ilusionan por ello. Aquí, amigo, no se puede creer en muchas cosas. Es el reino de la desesperanza. —¿Cuántos enfermos hay aquí? —Tres mil. Y el número aumenta constantemente. El asilo resulta demasiado pequeño. Todos los asilos de Francia son demasiado pequeños. Es inútil que le muestre a usted estadísticas. Nada sacaré con ello. Pero piense usted que si el número de locos continuase aumentando como hasta ahora, antes de dos siglos no habría en nuestro país más que dementes. ¿Por qué esta decadencia racial? Sencillamente, a causa del alcohol y de la sífilis, teniendo en cuenta que el primero es a menudo la causa indirecta de la segunda. ¡quinientos mil establecimientos de bebidas en Francia! En los países vecinos al nuestro se bebe de tres a cuatro litros de alcohol por año. El francés bebe quince. Nosotros, los alienistas, damos aquí nuestras fuerzas y a veces nuestra vida... Y entretanto, el Parlamento acaba de autorizar la apertura de veinte mil nuevas tascas. ¡Cómo no! El tabernero es el gran elector... Francia es una «tascocracia» Vallorge y Doutreval se despidieron mutuamente encantados. El primero fue invitado a cenar en casa de Doutreval la semana siguiente. Doutreval ordenó algunos apuntes, señaló a sus internos y ayudantes el trabajo para el día siguiente y reanudó en coche el viaje a Angers. Dejó el automóvil detrás de la plaza de Armas y se encaminó hacia las oficinas de El proceso social, el gran diario regional del que era secretaria de redacción su amiga Jeanne Chavot. Esbelto, de alta estatura, con su traje gris, Doutreval, a pesar de una casi imperceptible cojera, era sumamente elegante, de una elegancia un poco rebuscada de hombre atildado. Doutreval, que se casó joven, era viudo desde hacía quince años. A causa de sus hijos no quiso contraer nuevo matrimonio. Escéptico, persuadido en el fondo de sí mismo de la vacuidad de todas las cosas, al mismo tiempo que de la necesidad de ocultar al vulgo esta filosofía pesimista, era uno de esos hombres honrados para quienes su propia honradez constituye un absurdo y que pasan la vida en una relativa rectitud que se les antoja una debilidad. Doutreval soñaba con ahogar su propia conciencia, pero nunca lo logró completamente. Desde su juventud fue la esperanza de sus profesores, el ejemplar que se lleva a un certamen. Premio de ciencias en el Concurso General, interno laureado de los hospitales de París y jefe de un servicio de Saint-Louis, publicó una tesis sobre la malarioterapia que causó gran sensación. Preparó la clínica y la agregación. Fue en aquel momento cuando chocó con el hijo de su «patrón» Lechéense. Este tenía interés en situar a su propio hijo antes que a Doutreval por lo que le ofreció una misión científica en Alemania. Lechéense hacía lo que quería en los ministerios. Así fue como Doutreval, casado desde hacía poco y padre ya de dos hijos, Mariette y Michel, partió para Alemania donde conoció a algunos químicos que más tarde le prestaron gran ayuda en sus investigaciones. A su regreso, el hijo de Lechéense era ya sustituto de un profesor, y como el puesto estaba libre, Lechéense hizo agregar a Doutreval dos años después. En aquel momento Doutreval dio comienzo a sus investigaciones, aún confusas, sobre la convulsoterapia. La guerra interrumpió sus trabajos. No experimentó el menor desaliento. Su mujer murió al dar a luz a su tercer hijo, la pequeña Fabienne. El conflicto mitigó la pena de Doutreval. Se le destinó a un cuerpo de Sanidad de primera línea, recibió en la rodilla un casco de granada que le produjo una ligera cojera, y acabó la guerra como médico militar en el Val-De-Grâce. Una vez terminada la contienda obtuvo en Angers, su ciudad natal, la cátedra de neurología y reanudó sus investigaciones. En la actualidad estimaba haber alcanzado sus objetivos. Doutreval contaba casar a su hija mayor, Mariette, dentro de dos o tres años. Mariette era una buena muchacha. Maternal, animosa, realista, alegre. Un poco tontuela y alejada de la Ciencia... Pero fiel y cariñosa como un buen perro. Michel iría más lejos. Quizá demasiado bullicioso, demasiado ardoroso en el goce. Pero la juventud hay que pasarla. Más adelante, esta fuerza joven y vigorosa, brutal, práctica, materialista y

escéptica, desligada de las viejas coacciones morales, viviría sin duda una existencia pletórica y dorada que Doutreval había soñado para sí sin atreverse a acometerla. ¡Qué fuerza saber lo que es la farsa de la moral y conocer de joven que todo el arte estriba en salvar las apariencias! Esa fuerza, incapaz de adquirirla suficientemente para sí, trataba Doutreval, de una manera dulce y discreta, con palabras encubiertas, de insuflarla a su hijo. Tenía a veces la impresión de que, sin decirselo, Michel le había comprendido. Y ante los excesos del muchacho, que Doutreval reprobaba públicamente, sentía en su corazón un sordo contentamiento. Algunas crueldades de Michel, algunas manifestaciones cínicas con respecto a la mujer, a la vida y a la moral en uso, de las que él mismo no se hubiera sentido nunca capaz, despertaban su admiración. Y decía para sí: —¡Éste llegará más lejos que yo! De las hijas, Fabienne, la más joven, era la alegría de Doutreval. Excelente dotada y orgullosa, Doutreval veía en ella su propia imagen. Le gustaba tenerla a su lado y, a pesar de su juventud, la asociaba a su trabajo. La consideraba ya como una colaboradora, como el sostén de su edad madura... Más que en sus otros dos hijos, Doutreval, se reconocía en su pequeña Fabienne. El edificio de El progreso social estaba situado en la esquina de la plaza de Armas. En el oscuro atardecer discurrían por el frontón del edificio letras luminosas imprimiendo una especie de periódico telegráfico que la muchedumbre deletreaba al pasar: «Mañana por la mañana será botado en nantes el contratorpedero «Duguay-Trouin». —Señora, también usted adoptará la silueta Kruschen. —M. Olivier Guerran, diputado por Angers y ministro de Agricultura, ha recibido a una delegación de viticultores de nuestra región. ».

Doutreval entró en el vestíbulo del inmenso edificio, se abrió paso por entre los desocupados que leían las hojas recién fijadas en las paredes, subió hasta el segundo piso por una escalera de escape, llamó a una puerta que ostentaba la inscripción «Secretaría» y entró. Jeanne Chavot, sola en un rincón de la espaciosa estancia, llena de libros y archivos, se hallaba atareada pegando en grandes hojas de papel blanco fragmentos de artículos señalados con lápiz rojo. Levantó la cabeza. La luz de los globos eléctricos iluminó su rostro fatigado. —¿Eres tú? ¿Hay alguna novedad? —Ninguna —respondió Doutreval, retirando un montón de papeles de una butaca y sentándose luego. Jeanne Chavot tenía treinta y nueve años y hacía cinco que se conocían. Después de algunas aventuras sentimentales bastante penosas en las que estuvo a punto de perder su libertad, Jean Doutreval se consideró dichoso al encontrar en su camino aquella mujer. De ninguna manera quería, contrayendo nuevo matrimonio, imponer una madrastra a sus hijos. Por otra parte, Jeanne Chavot, viuda también y sin hijos, apreciaba demasiado su propia independencia para perderla voluntariamente. Y, además, le hubiera costado mucho renunciar al interesante e importante puesto directivo que ocupaba en el periódico. Hablaron largo rato. Jeanne Chavot acababa de recibir la visita de un renombrado médico parisiense que le ofrecía cincuenta mil francos para que se publicara un artículo sobre su método de rejuvenecimiento a base del suero de toro. Ello les indujo a hablar de los trabajos de Doutreval, de la publicidad médica y de ciertos importantes diarios parisienses cuyas acciones están en manos de consorcios farmacéuticos que emponzoñan con sus embustes la mente de las gentes. Luego, como de costumbre, Doutreval, se entregó a sus investigaciones personales y a las seis le entraron una comida ligera compuesta de té, carne fría y tostadas con mantequilla que ambos se repartieron. Luego Doutreval, se levantó, dispuesto a marcharse. —¿Irás a casa esta noche? —No —dijo Doutreval—. Tengo trabajo. Y diciendo esto la besó en la frente. Jeanne lo acompañó hasta el descansillo y volvió a su despacho. Doutreval, a pesar de su rodilla fracturada y el cascote de granada que había quedado alojado debajo de la rótula, bajó la escalera con paso diligente. Era esto, sobre todo, lo que iba a buscar al lado de Jeanne: una oyente, alguien a quien hacer partícipe de sus sueños y quimeras. Para ir a su casa pasó por el laboratorio que daba a una callejuela y al que un vasto jardín separaba de la casa. El laboratorio estaba profusamente iluminado. Groix y Regnault, de vuelta del asilo, trabajaban preparando algunos Wassermann. Doutreval salió del laboratorio, y, después de atravesar el oscuro jardín débilmente iluminado por una luz blanquecina procedente de la cocina, entró en la despensa donde encontró a su hija mayor, Mariette, sentada en una silla y sujetando a un gallo entre las rodillas. —¿Qué estas haciendo aquí? Mariette levantó hacia su padre su rostro rosado y lozano, enmarcado de rebeldes bucles rubios. Enjugóse la frente. —Estoy curando a Titi. Tiene un pedazo de cristal en la pata. Titi, los perros, las gallinas y los palomos eran los grandes amigos de Mariette. —Apostaría cualquier cosa a que nos has hecho una tarta. La muchacha miró sus brazos desnudos, redondos y bronceados, donde partículas de pasta habían quedado prendidas, cual una costra blanca encima del vello ligero y dorado. Mariette llevaba la casa y fiscalizaba cuanto se hacía en la cocina. —Pues sí, tartas de manzana para esta noche. Se están haciendo. La cocinera las está vigilando. —¡Estupendo! —exclamó Doutreval. —¿Eres un glotón! Por algo Michel se parece a ti, ¡Titi! ¡Titi! ¿Has acabado de patalear? ¡Ayúdame papá! Mariette se esforzaba en sujetar al despavorido animal, que aleteaba y le arañaba el rostro. Doutreval agarró firmemente a Titi y tendió la pata herida a Mariette. Ésta, inclinándose sobre el animal, examinaba el minúsculo corte. Con los cabellos cosquilleaba el rostro de su padre, que respiraba el ligero olor a sudor de Mariette mezclado con el suave perfume de tomillo del que le gustaba esparcir algunas briznas entre su

ropa interior. —¡Ya hemos terminado! ¡Gracias, papá! Vamos, Titi, ahora ya puedes cantar. Cogió al animal por las patas y lo subió sobre sus hombros. Titi tenía fijos los ojos en los blancos dientes de Mariette, y sintiéndose tentado, trataba de picotearlos. Mariette reía a carcajadas. Doutreval contemplaba a su hija, robusta, lozana, fuerte, con los finos cabellos rubios cuya raíz aparecía mojada de gotitas de sudor, su tez fresca y juvenil, sus dientes blancos y su hermosa y pura sonrisa. Con la rústica y sencilla fragancia del tomillo, Mariette exhalaba algo así como un perfume sabroso, fresco, algo que hacía pensar en la naturaleza y en el aire puro de los campos. Viejos recuerdos del catecismo y de la Biblia acudieron a la mente de Doutreval. «... Y sus hijos serán en la casa como jóvenes esquejes de olivo. » Evidentemente, un joven esqueje de olivo. No era una letrada; ni una letrada ni una sabia. Totalmente distinta de Fabienne o de Michel. Nada en ella complicado o raro. Un esqueje joven, sólido, rústico y erguido, firmemente plantado. Una extraña emoción embargó el corazón de Doutreval. —Apártate, Titi —dijo. Doutreval besó a su hija. Titi aleteó y lanzó unos cacareos miedosos. Mariette volvió a cuidar de sus tartas, y Doutreval se marchó al laboratorio a reunirse con Groix y Regnault. (*washington 3rd district*).

Audiolibro Cuerpos Y Almas M Van Der Meersch Libro Primero Primera Parte Cap Tulos V Al IX

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>